

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

HOMENAJE

CON LA ADAPTACIÓN DE SUS OBRAS CORTAS

LOS OJOS DE LUTO

EL CERROJAZO

CHIQUITA Y BONITA

PESADO Y MEDIDO

LA FLOR EN EL LIBRO

Y

LA NIÑA DE JUANA

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

2001

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

CHIQUITA Y BONITA

MONÓLOGO

PERSONAJE:

TOÑITA

ESCENOGRAFÍA:

Sala modesta, limpia y bien arreglada. Puertas a recámara y comedor.

Época actual.

Campeche, México

Toñita es una muchacha bonita pero de corta estatura. Entra muy acongojada de la calle, se dirige a la recámara de la madre. Se escucha la voz de la madre.

MADRE.- *¿Ya llegaste? Ven acá, quiero hablar contigo...*

Toñita al oír la voz se arrepiente de entrar al cuarto. Habla desde afuera de él.

TOÑITA.- *Déjame mamá, déjame. ¡ Quiero estar sola, no quiero ver gente, quiero morirme esta tarde, antes de que repliquen las campanas de la catedral! ...Déjame, déjame. (Se sienta. Gimotea en silencio unos instantes). ¡Ay! ¡Pobrecita de mí! ¡Pobre Toñita Valenzuela, que es el hazmerreír de todo el mundo en Campeche! Dice mi madre que soy tonta. Sí, sí, tonta, que mi problema no tiene importancia, que no soy la única. ¡A la más lista le regalo lo que a mí me sucede! ¡Es mucha tensión! ¿Qué puedo hacer? Ya sé, me voy a encerrar a un convento. A la calle no salgo más, ni de noche. No, mejor le escribo al gobernador para que prohíba que se metan con las mujeres. Yo así no me quedo. Y conste que a mí me gusta que me digan cosas, siempre que sean decentes; ¡pero en cuanto me dicen algo de mi estatura, ya estoy de mal humor! Y hoy parece que todos los marinos se han puesto de acuerdo. Por lo menos han sido siete los que se han metido con mi talla. Hay que ver. ¡Siete! Sí, lo menos siete. ¿Qué culpa tengo yo de ser tan chaparra? Lloriqueando. ¿Pues no me acaba de preguntar un idiota si duermo en la funda de unos lentes?*

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

¡Qué gracioso! ¡Ojalá que tenga que llenarse de anteojos la nariz para encontrar un pez que llevarse a la boca! ¡Pobre Toñita Valenzuela! (*Saca un pañuelo muy pequeño para enjugarse una lágrima*). Y tener que usar estos pañuelitos. Antes usaba de tamaño normal, como todas. Hasta que me preguntó otro gracioso si me acostaba en los pañuelos y me sonaba con las sábanas. ¡Para matarlo! Me pongo nerviosa, me vuelvo loca con el dichoso tema. ¿Acaso ser chaparrita es un defecto, señor? ¿Quién lo dice? Yo soy chaparra, sí. Bueno, soy pequeña. ¿Y qué? ¿Acaso me falta algo? ¿Es que termino en mis rodillas por casualidad? ¡No, señor, termino en los pies como todas las mujeres! ¿Entonces, qué tienen las demás que yo no tenga? A ver. Son ganas de meterse con una. ¡Vaya! Y aunque me llamen vanidosa: prefiero ser como soy a tener la estatura de la vecina de ahí enfrente, que es una fragata. ¡Tiende las medias en la azotea, las hincha el aire y parecen cometas de lo largo que son! ¿Dónde se va a poner una mujer tan grande con una mujer menudita? ¿Dónde va a compararse una mandarina con una calabaza de Castilla? Pero se sufre mucho. Yo he llegado hasta tener discusiones. Un día en una fiesta, un borracho de esos que nunca faltan, la agarró contra mí y todo el tiempo solo se le ocurría repetir: ¡Ay, niña, lástima y no tengas cuatro dedos más! ¡Y dale! Y “¡qué pena que no tengas cuatro dedos más!” Y vuelta. Me lo repitió veinte veces, y a la veintiuna, de un guantazo que le solté se le quitó la borrachera. Y le dije: “¡Pa’que vea usted cómo no necesito cuatro dedos más, que con estos cinco tengo bastante!” Sí, se sufre, se sufre. Lo que más me da rabia son las cosas que tocan al corazón. Yo me enamoré ciega de un hombre, y él de mí, y no pudimos arreglarnos. Es verdad que ahí se juntaron mi defecto y el suyo. Él es el hombre más largo que yo me he echado a la cara; duerme enroscado, como las víboras. Cuando hay rayos los apaga soplando, para arreglar los cables del techo sólo se tiene que subir a una silla. ¿Por qué pasará que estos gigantes se vuelven locos por las avellanas como yo? Bueno, pues nos citamos en el malecón para hablar de lo nuestro. Nunca nos habíamos visto tan de cerca, de cara a cara. El se ponía... (*Se inclina como para hablar a alguien muy pequeño*) “Mira, Toñita, me gustas desde que te conozco...” Y yo... (*Elevando la cabeza como si se dirigiera a quien estuviese en la copa de un árbol*). “Mira, Rafael, también tú me caes muy bien, eres muy simpático...” (*Siguiendo los movimientos anteriores, finge un diálogo con Rafael.*)

RAFAEL.- Gracias por el cumplido.

TOÑITA.- Yo digo sólo lo que siento.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

RAFAEL.- Gracias, Toñita.

TOÑITA.- De nada, Rafael.

RAFAEL.- Eres un capullito de olor que me tiene a mí loco.

TOÑITA.- ¡Ay, Rafael, tú eres la persona más amable del mundo.

RAFAEL.- Qué será esto de la simpatía.

TOÑITA.- Sí, qué será.

RAFAEL.- ¿Te puedo decir un secretito?

TOÑITA.- ¿Cómo dijiste?

RAFAEL.- ¿Te molesta el humo?

TOÑITA.- ¿El de las chimeneas? No.

Y así seguimos media hora. A mí ya me dolía la nuca y a él los riñones. En esto se le antoja pedirme una rosa que yo llevaba clavada en el pelo. Le digo que sí, y me pide entonces que se la ponga con mi mano en el ojal del saco. ¡ Y se tuvo que sentar en la banqueta! Principiaron a reírse los chiquillos, y luego mi madre, y después el policía, y los choferes, y hasta yo. Y ahí acabaron las relaciones. Aquello era imposible. Pero es por lo que yo pienso: no por ser yo pequeña sino por ser él demasiado largo. Se sufre, se sufre. ¡Vaya si se sufre! Y, sin embargo, a mí no me convence nadie que crea que ser chica sea un defecto. Una cualidad no es, pero un defecto no es tampoco. Tan no lo es que a las pequeñas, como yo, les han cantado coplas. Se les ha dicho “ Chaparrita, cuerpo de uva! ¡ Adiós, mi chaparrita! . Yo en cuanto oigo una copla ponderando a las de corta estatura, me quedo con ella en la memoria. Y ya no se me olvida nunca. Antes se me olvida el nombre que tengo. Como aquella que dice:

“La mujer chiquita

Es un regalo:

Más vale poco y bueno

Que mucho y malo.”

¡Qué talento tenía el que la escribió!

“El hombre chico no es hombre,

Que es medio hombre nomás;

¡Y la mujer chiquita

Te cuesta siempre la mitad!”

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

¡Vaya sabio! “¡ Te cuesta siempre la mitad!” Hay que fijarse. Resulta que una hasta es más barata. Y sí. Es cierto. Con una camisa de mi vecina de enfrente yo me hago una docena, y todavía me sobra tela para unos pañuelitos.

Se empieza a recordar coplas y no se acaba nunca.

“Mientras la rosa más chica

Más fino tiene el olor:

Por eso estoy yo queriendo

A una chiquilla como vos.”

¡Bendita sea la madre del que dijo eso! ¡Qué sentimiento más fino! ¿Por qué no vivirá ese poeta en esta calle? Aunque es imposible que viva ya, ni en ésta ni en ninguna. ¡Esa copla me la enseñó mi abuela a mí para consolarme! ¡Mi abuela, que me llegaba a la cintura! Parecía una escobeta. ¡Bueno, pues tuvo doce hijos! ¡Y de dos en dos.

“Eres chiquita y bonita

Eres como yo te quiero:

Pareces campanita

Hecha en casa del platero.”

¡También ésta me la enseñó mi abuela! ¡Total: que las cortitas les gustamos a muchos hombres! ¡Y a muchos hombres que son poetas! ¿Y hablaba yo de encerrarme en un convento? ¿De meterme en la casa? ¡Eso quisieran más de tres larguiruchas! No, no, Toñita, no: ¡A la calle ahora mismo! (*Se pone un saco o un suéter*). ¡A la calle! ¡Acompañada o sola! ¿Acaso no se me ve? ¡A ver si me tropiezo con uno de esos de las coplas, se me pone delante y me cierra el paso y me dice con toda su alma:

“La pimienta es chica y pica

Y sazona los guisos:

¡Tú eres chiquita y me tienes

El cuerpo desazonado!”

Que como me lo diga, yo juro que voy a contestarle:

“Gasto dos tercias de falda,

Y una tercia de tacón:

¡Pero tengo un corazón

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

Más grande que la montaña!”
¡A la calle sin perder un minuto!

Se marcha triunfadora, dispuesta a armar una revolución en Campeche.

F i n

LOS OJOS DE LUTO

PERSONAJES:

OLVIDO

CONSUELO

LEANDRO

Escenografía.

Balneario en Morelos. Se ven muchas plantas en un jardín. Muebles propios de ese lugar. Hay una banca de metal fija al piso.

Vienen, paseando, olvido y consuelo. Son primas de diferente edad. Olvido es joven, bella, interesante. Consuelo es casi una niña. Olvido viste de negro, con algún discreto y alegre adorno.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

OLVIDO.- *(Después de disfrutar, en silencio, la delicia del lugar).* ¡Qué hermoso día! ¡Cuánta luz!... ¡Qué campo tan bonito! Y ¡cuánto perfume!... Yo gozo mucho con el olfato

CONSUELO.- ¿Con qué?

OLVIDO.- Oliendo estos olores, que parecen privilegio de este estado.

CONSUELO.- Esos dicen todos los de afuera: que aquí el campo huele mejor y más fuerte que en ningún sitio. ¿En la capital no hay campo, verdad; no hay más que calles?

OLVIDO.- No, ¿de dónde sacas eso? Allá cuesta más trabajo dar con el campo, pero lo hay.

CONSUELO.- Ya me lo maliciaba yo. ¿Te gustó la capilla de la Guadalupana, Olvido?

OLVIDO.-Mucho: por lo sencilla, por lo humilde...Yo no puedo con esas iglesias modernas, tan chillonas y tan recargadas. En estas capillas entran más ganas de rezar, parecen estar más conformes con la idea de Dios.

CONSUELO.- No te pongas triste.

OLVIDO.- No te preocupes.

CONSUELO.-¡ Qué bien te han sentado las aguas!

OLVIDO.- De maravilla. Bendigo a mi médico, que me las descubrió. Yo no tenía la menor noticia ni de Temixco ni de los milagros de sus aguas. Me han mejorado tanto de mi tristeza, que ya ves, vine por quince días al balneario y llevo más de un mes.

CONSUELO.- Para las personas que duermen mal, para los que tienen ataques, para los que se ponen tristes sin desgracia ninguna, hasta para los que están un poco chiflados, son aguas muy recomendadas.

OLVIDO.- Yo padezco de todo eso un poquito.

Va a sentarse, y ante la imperiosa e inesperada advertencia de Consuelo, se detiene.

CONSUELO.- ¡No te sientes ahí!

OLVIDO.- Por qué no.

CONSUELO.- No te sientes. Dicen que la que se sienta una vez ahí ya no se casa nunca.

OLVIDO.- *(Ríe)* ¿Eso dicen?

CONSUELO.- Eso.

OLVIDO.- *(Para ella misma).* Entonces ¿cómo me ha citado aquí ese hombre?

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

CONSUELO.- ¿Qué?

OLVIDO.- No hablaba contigo.

CONSUELO.- ¡Ah! Mira como tiene hasta musgo. Nadie se acerca a ella ni a dos metros.

OLVIDO.- ¿De dónde viene esta leyenda?

CONSUELO.- ¿Ahora sí hablas conmigo?

OLVIDO.- Sí.

CONSUELO.- Se cuenta, y esto es muy antiguo, que una novia se sentó en esta banca a esperar al novio y que el novio no vino, la dejó plantada. Otros dicen que aquí se dio un tiro un marido muy enamorado, cuando supo que lo engañaba su mujer. El resultado es que la banca tiene esta fama: que la que se sienta en ella, ya no se casa nunca.

OLVIDO.- Como ya me casé una vez y no pienso casarme otra...¡ay!...me puedo sentar tranquilamente. (*Lo hace*).

CONSUELO.- (*Moviendo tristemente la cabeza*). El chasco que se van a llevar muchos.

OLVIDO.- ¿Por qué?

CONSUELO.- No creas que no me he dado cuenta que desde que llegaste tienes a todos los del pueblo alborotados.

OLVIDO.- (*Sonríe*). ¿Qué horas son? No traje mi reloj.

CONSUELO.- Como las tres y media, si quieres voy a preguntar la hora exacta.

OLVIDO.- No, no hace falta. Me ha cansado el paseo.

CONSUELO.- Es que de mi pueblo a este lugar siempre está algo retirado. Yo también lo noto en las piernas.

OLVIDO.- Siéntate.

CONSUELO.- (*Da un brinco hacia atrás*). ¿Ahí? Ni loca.

OLVIDO.- (*Ríe*). Qué risa.

CONSUELO.- Alguien viene.

OLVIDO.- ¿Quién?

CONSUELO.- Uno del pueblo. El hijo de doña Josefa Rincón.

OLVIDO.- ¡Ah! Sí: Leandro. Lo esperaba.

CONSUELO.- ¿Lo esperabas?

OLVIDO.- Nos citamos aquí.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

CONSUELO.- Y así ¿has tenido el valor de sentarte en la banca?

OLVIDO.- Ya lo ves. Lo espero sentada.

CONSUELO.- Es el hijo de mero mero del pueblo. Todas andan tras sus huesitos.

OLVIDO.- Allá hay muchachas muy bellas, puede escoger una.

CONSUELO.- Sólo que a él no le gusta ninguna. Y no porque sean feas, ni porque no tengan dinero. Lo que pasa es que vive medio año en México y está hecho más a la finura y al señorío. Además a él le gusta vacilar a todas. No creo que se case nunca.

OLVIDO.- No sé para qué me cuentas todo esto. Yo por mi parte...Figúrate: voy a hablar con él de un negocio.

CONSUELO.- ¿De un negocio?

OLVIDO.- Sí. Él es el que administra los terrenos de su padre. ¿O no?

CONSUELO.- Creo que sí.

OLVIDO.- Se me antojó comprar esa huerta que tienen a la entrada del pueblo.

CONSUELO.- ¿La huerta de aguacates y mameyes?

OLVIDO.- Esa mera. Estoy tan agradecida a este lugar por mi salud que quiero obligarme, adquiriendo una finca, pasar mis vacaciones aquí.

CONSUELO.- Ay, qué bien. Mira, ya llegó. Se viene riendo, como si viniera a ver a su novia.

OLVIDO.- Pues buen chasco se va a llevar.

CONSUELO.- ¿Me dejas que me vaya a comprar un refresco?

OLVIDO.- Ve.

Consuelo sale. Olvido inclina la cabeza y baja los ojos. Sin embargo está atenta a la entrada de Leandro. Éste es un joven bien parecido.

LEANDRO.—Olvidito, muy buenas tardes.

OLVIDO.- Prefiero que me diga Olvido, ése es mi nombre.

LEANDRO.- Buenas tardes, Olvido.

OLVIDO.- Buenas tardes, Leandro.

LEANDRO.- Qué puntual...y qué guapa.

OLVIDO.- ¿Es éste el sitio que usted me propuso para que habláramos, no es cierto?

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

LEANDRO.- Éste, precisamente, no. La verdad sea dicha. Yo le indiqué a usted los alrededores de la capilla; ¿recuerda? Y esperaba hallarla en aquella otra banca.

OLVIDO.- ¿Qué más da una que otra?

LEANDRO.- Parece que aquella está más en la sombra.

OLVIDO.- Hoy no hay tanto sol.

LEANDRO.-Pero hace un poco de calor.

Leandro se seca el sudor.

OLVIDO.- Lo noto un poco nervioso.

LEANDRO.- ¿Nervioso? No, señora. ¿Por qué lo dice usted?

OLVIDO.- ¡Qué sé yo! Se me figuró.

LEANDRO.- Es natural que su presencia me haya causado algún efecto.

OLVIDO. Hombre, si hubiese sido inesperada, tal vez...Pero desde anoche ya ha podido usted hacerse a la idea.

LEANDRO.- Hay realidades, Olvidito; hay realidades...que cuando se tocan...que cuando se tocan...que cuando se tocan...

OLVIDO.- Pare usted de tocar. Y de hacer visajes. Me temo que va usted también a tener que tomar esta agua.

LEANDRO.- No, no, señora. ¡A menos que usted me las recete!

OLVIDO.- Si es por eso., Yo se las he de recetar a todo el mundo. En la tristeza de mi soledad, en el desasosiego de mi alma...¡les debo tantísimo! Les debo la salud del cuerpo, que es, por lo menos, la mitad de la otra. Siéntese usted, Leandro.

LEANDRO.- ¿Que me siente?

OLVIDO.- Sí, digo, si quiere usted sentarse.

LEANDRO.- Yo, sí...con gusto. (*Se queda de pie*)

OLVIDO.- Pues no lo noto.

LEANDRO.- Es que me sorprende que usted...No sé si me atreva... ¿Conoce usted la leyenda...?

OLVIDO.-Me la refirió Consuelo.

LEANDRO.- ¿Entonces?

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

OLVIDO.- Entonces ¿qué?

LEANDRO.- ¿Usted no cree en supersticiones, en leyendas?

OLVIDO.- Al contrario: porque creo en ellas me he sentado sin vacilar en esta banca y no en aquella otra, amigo mío.

LEANDRO.- (*Tragando saliva*). Ya. (*Se queda un rato en silencio. De repente, se decide y se sienta al lado de olvido*). ¡Sea lo que Dios diga!

OLVIDO.- ¿Y usted, cree o no cree en lo que de esta banca se dice?

LEANDRO.- Ni poco ni mucho. Pero me felicito que usted crea. Está usted en el estado perfecto de la mujer: ¡viuda! ¡Qué encanto!-dicho sea con perdón-. ¡No pierda usted jamás esta libertad de golondrina!

OLVIDO.- ¿De golondrina?

LEANDRO.- Sí: las alas negras, la...la pechuguita blanca...Además, la golondrina sube al cielo, baja a la tierra...

OLVIDO.- En la tierra estamos, Leandro, dejemos el cielo. De todo tiene traza esta conversación menos de preliminar de un negocio.

LEANDRO.- No lo crea usted: los tratos de negocios principian casi siempre por conversaciones a cien leguas de ellos...No parece sino que haya miedo de entrar en el asunto.

OLVIDO.- Usted lo sabrá. Yo hasta ahora no...

LEANDRO.- ¡Claro! Pues, sí, sí; volviendo a lo que hablábamos: conserve usted, Olvido, la libertad lograda a costa de su pena. ¡Dichosa libertad la del corazón! ¡Oh, las viudas!... ¡las viudas!

OLVIDO.- ¡Qué entusiasmo por las viudas, Leandro! ¿Le gustan a usted los ojos de luto?

LEANDRO.- ¿Los ojos negros?

OLVIDO.- No; los ojos de luto. Es otra cosa.

LEANDRO.- Diga usted.

OLVIDO.- Tiene un sentido original la frase. Un amigo mío, un poco chiflado o un poco poeta, dice que las mujeres no se ponen los ojos de luto sino por el amante o el marido. Muere el padre, muere el hermano, muere un tío...y ellas visten de negro su persona y hasta su alma: pero los ojos siguen del color que tenían. Muere el marido o el amante...y entonces, sólo entonces, enlutan sus ojos. ¿Qué le parece a usted?

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

LEANDRO.- Muy bien; muy bonito. Pero ¿no es hora ya de que los de usted se vayan aliviando?

OLVIDO.- Por Dios, deje eso...Cambiemos la conversación. Ya conoce usted mi firme decisión, Leandro; mi pena imborrable...

LEANDRO.- ¿Imborrable? ¿Y lo afirma usted que lleva el nombre de Olvido? El tiempo se encarga...

OLVIDO.- No, Leandro, no; yo creo que no soy como muchas. Mis ojos seguirán de luto toda la vida.

LEANDRO.- ¡Mejor! ¡Así me encantarán toda la vida a mí! (*Olvido le sonríe*). Lo extraordinario es que se hayan emborrachado estando de luto.

OLVIDO.- ¿Cómo dice usted?

LEANDRO.- No es la primera vez que le hago a usted esta observación. Sus ojos de usted están borrachos: fíjese luego en casa, ante el espejo.

OLVIDO.- ¿Borrachos? ¡Vaya un desatino!

LEANDRO.- Tienen así como un mareo, una vacilación luminosa...Nada, que están borrachos. Y el derecho ha bebido una copita más que el otro.

OLVIDO.- Me hará usted reír. Mejor hablemos de la huerta, que es a lo que aquí hemos venido.

LEANDRO.- Yo, no.

OLVIDO.- ¿Que usted no?

LEANDRO.- No señora.

OLVIDO.- (*Poniéndose de pie*). ¡Ah! pues, entonces, buenas tardes.

LEANDRO.- ¡Olvido!

OLVIDO.- ¡Leandro! ¿Qué equivocado concepto tiene usted de mí?

LEANDRO.- No se enoje usted; no se ofenda conmigo. He dicho que no he venido aquí a tratar de la huerta, porque considero que la huerta es de usted, desde el momento en que usted la desea.

OLVIDO.- Eso es muy galante, pero yo no lo puedo aceptar.

LEANDRO.- Veremos.

OLVIDO.- No, no veremos.

LEANDRO.- Pues no veremos. Ello ha de ser todo a gusto de usted.

OLVIDO.- ¡Jesús, qué hombre!

LEANDRO.- Yo quiero que aprovechemos esta soledad, esta hora, para hablar de amor.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

OLVIDO.- ¡ Ave María Purísima!

LEANDRO.- Ya lo dije.

OLVIDO.- ¿Para hablar de amor?... ¿Sabe usted lo que me pide? Esto sí que me ofende.

LEANDRO.- ¡ No!

OLVIDO.- ¡Sí, me ofende! ¿Y es usted el que hace unos momentos me aconsejaba que no perdiera mi libertad?

LEANDRO.- E insisto en mi consejo: el amor no esclaviza, el que esclaviza es el matrimonio.

OLVIDO.- No desbarre usted: no pierda yo la buena opinión que de usted he formado. El matrimonio es cosa bendita; pacto duradero, no sujeto a las contingencias y veleidades del amor mentiroso o liviano. ¡Qué dicha! Encontrar a un compañero en la vida a quien poder decirle: “Dame la mano: ven conmigo. Juntos iremos hasta el fin, venga lo que viniere. ¡Partiremos por igual dolor y alegría!”

LEANDRO.- (*Impresionado*). Feliz mortal debió de ser su esposo, señora.

OLVIDO.- Lo fue. Como yo.

LEANDRO.- ¿Cuánto tiempo estuvo usted casada?

OLVIDO.- Tres años.

LEANDRO.- Y ¿no le ha quedado a usted ningún hijo?

OLVIDO.- No he tenido ninguno.,

LEANDRO.- ¿Lo lamenta?

OLVIDO.- Con toda mi alma.

LEANDRO.- Me prometió usted la otra tarde enseñarme un día el retrato de...

OLVIDO.- ¿De Enrique?

LEANDRO.- ¿Se llamaba Enrique?

OLVIDO.- ¿Mi marido? Sí. Enrique León. Va usted a verlo. (*Abre un medallón que lleva pendiente del pecho y se lo muestra, después de besarlo*). Mire usted.

LEANDRO.- (*Atónito*). ¿Eh?

OLVIDO.- ¿Qué?

LEANDRO.- ¿Enrique León?

OLVIDO.- Sí.

LEANDRO.- (*Sin poder contenerse*). ¡Éste no es Enrique León!

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

OLVIDO.- ¿Qué está usted diciendo?

LEANDRO.- ¡Que éste no es Enrique León!

OLVIDO.- Pero ¿se ha vuelto usted loco, Leandro?

LEANDRO.- ¡No, señora! ¡No pretenda usted burlarse de mí! ¡Este no es Enrique León, sino Pepe Navarro, el arquitecto! Viví con él en México hace un año, juntos a todas horas! ¿Por qué se turba usted?

OLVIDO.- ¿Yo, Leandro?

LEANDRO.- Usted, sí: usted se turba, Olvido..Le tiembla a usted el color en la cara...¿ Qué es esto?

OLVIDO.- (*Afligida*). Pues esto...esto... ¡Ay, Dios mío! ¡También ha sido casualidad! ¡Qué rara casualidad!

LEANDRO.- ¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Es Pepe Navarro, efectivamente?

Olvido.- ¡Yo qué sé cómo diablos se llama!

LEANDRO.- Pero ¿no aseguraba usted que era su marido?

OLVIDO.- Sí, pero... ¡Ay, ay, ay!...Usted verá... ¡Virgen Santa, lo que va usted a pensar de mí! Leandro, ¿estoy delante de un caballero?

LEANDRO.- Sin duda.

OLVIDO.- ¿De un hombre de honor?

LEANDRO.- De honor; de honor. Palabra de honor. Soy un hombre de honor...que ahora mismo tiene muy mal sabor de boca.

OLVIDO.- ¿Usted a nadie le confiará nada de esto?

LEANDRO.- A nadie.

OLVIDO.- ¡A nadie! ¡Júrelo!

LEANDRO.- Se lo juro a usted.

OLVIDO.- Pues bien, Leandro, sepa usted la verdad: yo no soy viuda.

LEANDRO.- (*Se acerca. Feliz*). ¿Es usted casada?

OLVIDO.- No, señor, soy soltera. (*Leandro se retira instintivamente*). ¡No huya tan pronto, hombre de Dios!

LEANDRO.- (*Turbadísimo*). No, no señora, no huyo... ¡Qué tontería! Digo, no, señorita, no huyo...Lo que es que estoy perplejo.. que no sé lo que me sucede...que no acierto a dar en el

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

clavo...¡que no me explico, ¡vaya!, este simulacro de viudez! A...ahora me he puesto más nervioso que antes.

OLVIDO.- Reflexione usted un momento y se lo explicará. ¿No es usted el hombre que adora los ojos de luto? Aquí no puede haber nada extraño más que mi atrevimiento. Óigame usted. Yo, en México, tengo muchas amigas entre casadas, solteras y viudas. Las casadas, casadas están y son felices, o no; a las solteras no les sale un novio ni para un remedio; las viudas van a casarse todas otra vez.

LEANDRO.- (*Comprendiendo con cierto terror*). Ya, ya, ya, ya, ya...

OLVIDO.- ¿Se va dando cuenta de mi artimaña? Yo, en México, vivía con los nervios de punta; desesperada, llamando inútilmente al amor. El médico de la casa me recetó estas aguas benéficas. Mi familia no podía acompañarme así que discurrí esta diablura. Me vestí de negro, me enluté los ojos, y tomé el auto solita y me vine a buscar a mi prima Consuelo. Mi hermano Antonio al terminar su carrera se retrató con sus compañeros: recorté de entre ellos el que me cayó más en gracia y tenía más bigote, que es éste, y lo metí en el medallón para darle verosimilitud a mi falso estado. ¡Hasta se ha ganado algunos besos!

LEANDRO.- Ya, ya, ya...

OLVIDO.- En quince días en este lugar me han salido ya más pretendientes que en todos mis años de soltera. ¡Así me han sentado las aguas! (*Con rubor repentino*). Discúlpeme usted. (*Vuelve a la banca. Leandro se pasea, preocupado, inquieto. Parece que quiere escaparse. Olvido lo observa. Pausa*). ¿Qué es esto? ¿Habla usted solo?

LEANDRO.- ¿Hablo solo? Es posible.

OLVIDO.- Pues aún yo estoy aquí.

LEANDRO.- Ya, ya lo veo.

OLVIDO.- Y note usted si mi engaño está justificado o no: antes de descubrirlo, quería usted comerme; y apenas ha sabido usted que soy soltera, el campo le parece estrecho para correr.

LEANDRO.- No, no por cierto, Olvido. No interprete usted a su antojo...Es que la revelación es insólita...desconcierta a una estatua de bronce. Deje usted que me recobre un poco...(*Muy serio*). ¡Tiene gracia! ¡Tiene mucha gracia!

OLVIDO.- Bueno, pero dígalos usted con otra cara, porque, si no, parece que no le ha hecho ninguna.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

LEANDRO.- (*Riendo nervioso*). ¡Tiene, tiene gracia! Le advierto a usted, Olvido, que yo he pensado mucho en esta atracción indudable que sobre casi todos los hombres ejercen las viudas... ¿En qué cree usted que consiste? ¿En qué se apoya?

OLVIDO.- ¡Ay, amigo mío! Se apoya en mil razones. Yo las he analizado todas antes de decidirme...a enviudar.

LEANDRO.- Seré curioso.

OLVIDO.- La primera es que, al pretender a una viuda, el rival con que lucha el hombre...está bajo tierra. No le puede dar ningún disgusto.

LEANDRO.- Claro, eso es.

OLVIDO.- Y el hombre, generalmente vanidoso, se recrea en la suposición de que hasta que no ha llegado él no ha sentido aquella mujer el amor verdadero. Los hay muy presumidos. ¡Y como el otro no pía!..

LEANDRO.- (*Ríe forzado*).

OLVIDO.- Luego, el instinto de conservación también contribuye...

LEANDRO.- No comprendo.

OLVIDO.- Pues es muy fácil. El hombre imagina que una mujer que ha enviudado una vez, lo natural es que no enviude otra. Y se acerca a ella, como diciendo sin decirlo: “Ahora te toca a ti” ¿No?

LEANDRO.- No está mal observado, no.

OLVIDO.- Aunque suelen darse chascos muy grandes. Además, Leandro, ¡con cuantas armas no cuenta la viuda que no puede esgrimir la soltera! ¿Qué juicio le hubiera merecido yo a usted si de soltera le doy esta cita? Con franqueza.

LEANDRO.- Sí, sí...me hubiera parecido un poco atrevida, por lo menos.

OLVIDO.- En cambio, con los ojos de luto...

LEANDRO.- La he encontrado muy natural...muy natural.Una cosa muy natural.

OLVIDO.- Y ¿dónde me deja usted en la plática? A mí me encanta poner en la conversación un poco de picardía...de mostaza.

LEANDRO.- ¿Sí, eh?

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

OLVIDO.- ¡Señor, si una no se ha criado en ningún rancho! ¡Si está enterada de muchas cosas que tiene que fingir que no sabe! Bueno, pues de soltera, ni mostaza...ni picardía. Y, naturalmente, los muchachos nos toman como tontas. Y no somos tan tontas.

LEANDRO.- No, no; usted no es nada tonta, no.

OLVIDO.- Lo dice usted porque me ha conocido viuda. Y vea usted qué absurdo: los papás no quieren que una se permita la menor libertad, ni aún dentro del recato, y luego le echan a una en cara que no tiene gancho para los hombres. ¿No lo hemos de tener? ¡Y muy bien afilado! Pero nos obligan a guardarlo en la cómoda. Las viudas, por el contrario, lo llevan colgado de la cintura, y sazonan su charla con sal, con pimienta, con mostaza, con cuanto necesitan sin que nadie les censure por ello. A lo sumo, se dice: “Ay, qué original es fulanita” Una soltera un poco libre, asusta. “¡Jesús, qué niña! Se le quiere meter por los ojos! “Una viuda más que libre, seduce”. “Lo que en una es defecto, es gracia en la otra” ¿En que piensa usted?

LEANDRO.- En eso; en todo eso; es la verdad de todo eso.

OLVIDO.- Pues hay más todavía. A una mujer que pasa de los treinta se le califica de solterona y no se le dedican sino desaires y frases despectivas. “A vestir santos”, es lo mejor que oye. Una viuda de la misma edad, “¡está en punto de caramelo!” ¡Caramba! ¡Si caramelo es una, caramelo es la otra!

LEANDRO.-. Más...más caramelo la soltera, porque...porque aún está envuelta en su envoltura. (*Olvido ríe*). ¿Le ha hecho a usted gracia?

OLVIDO.- Sí.

LEANDRO. Pues lo iba a decir en otra forma un poquito más libre; pero he tenido en cuenta que...

Olvido.- Sí; que ya soy soltera.

LEANDRO.- Eso.

OLVIDO.- Y la razón suprema que lleva a los hombres a la predilección por las viudas es lo vedado. Una soltera dice ingenuamente: “ Yo me quiero casar” Una viuda dice: “Yo no quiero casarme” Y a ésa es a quien persigue el hombre.

LEANDRO.- Tiene usted mucho talento.

OLVIDO.- Qué va. No tengo más que corazón para sentir las cosas.

LEANDRO.- Y es usted una actriz consumada: ¡con qué arte ha sabido fingir la viudez!

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

OLVIDO.- Pues, mire usted: no me agradaría quedarme viuda.

LEANDRO.- ¡Ni a mí que se quedase!

OLVIDO.- Por lo pronto, Leandro, descubierta ya la trama, no soy más que una solterita inocente.

Le suplico a usted, pues...

LEANDRO.- ¿Qué?

OLVIDO.- No es correcto que continuemos aquí hablando solos.

LEANDRO.- ¡Si para los demás usted es viuda!

OLVIDO.- Pero no para usted. Y ahora su opinión empieza a importarme.

LEANDRO.- ¿De veras, Olvido?

OLVIDO.- No le contesto a usted que no sé mentir, porque no va usted a creerme.

Regresa consuelo. Los ve muy amartelados en la banca. Se esconde para oír y que no la vean.

LEANDRO.- Bien, pero no sólo porque usted cambie inopinadamente de estado, yo voy a renunciar a hablar con usted.

OLVIDO.- No se trata de eso, sino de que hablemos de otra manera. Yo necesito que me acompañe alguien...Es posible que venga mañana a este sitio con Consuelo.

LEANDRO.- ¿A esta hora?

OLVIDO.- ¿Para qué vamos a cambiar?

LEANDRO.- Pues yo me haré el encontradizo.

OLVIDO.- Perfectamente.

LEANDRO.- Y ahora la dejo a usted, ya que me lo suplica. Sin contar con que me hace falta andar lo menos seis o siete kilómetros para entrar en terreno seguro. ¡Han sido muchas vueltas. Porque...vamos...una soltera que acabe en viuda...a nadie puede sorprenderle; pero ¡una viuda que termine en soltera!..Ah, caramba. Para mí eso es nuevo en la historia.

OLVIDO.- Y ¿le pesa a usted?

LEANDRO.- Qué locura.

OLVIDO.- ¿Hasta mañana, entonces?

LEANDRO.- Hasta mañana. ¡Y recuerde que le dije que la huerta era suya...!

OLVIDO.- Aquí mismo, ¿eh?

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

LEANDRO.- Aquí mismo.

OLVIDO.- ¿En la banca de la leyenda?

LEANDRO.- ¿Por qué no? Vamos a terminar con ella, nosotros.

OLVIDO.- Por mí...

LEANDRO.- Pues ¡por mí!... ¡Caramba, qué nervioso estoy! Hasta mañana. (*Se va haciendo gestos*).

OLVIDO.- Adiós.

Consuelo se acerca. Ve la cara de felicidad de Olvido.

CONSUELO.- ¿Y eso dicen de la banca? Si es al contrario. *Se sienta como en un sillón.* ¡Lo que es que yo no pierdo más el tiempo!

OLVIDO.- Es simpático, parece buen chico. ¡ Un auto lleno de las viudas va a salir de México para acá cuando se sepa esto! (*Ríe. Recita*).

Solteritas sin fin, no tengáis duda:

Al hombre más rebelde o más astuto,

Se le vence con armas de viuda,

Con los ojos de luto.

FIN

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

EL CERROJAZO

PERSONAJES:

BELÉN

PASTORCITA

DIONISIO

Sala de una casa de clase media en provincia. Puerta al interior de la casa. Puerta a la calle.

Es por la tarde en el mes de mayo

Don ángel Carrasco, además de tocar el órgano con rara habilidad, tiene dos hijas, Pastorcita y Belén, que no van a la iglesia cuando toca su padre, para no distraer a los fieles: así son de bonitas y bien formadas. Belén cose mientras Pastorcita, la menor, pasea, entre nerviosa y melancólica.

BELÉN.- *(Cantando para sí mientras cose).*

“Una reja es una cárcel con el carcelero adentro y con el preso en la calle...”

PASTORCITA.- ¿Y mamá?

BELÉN.- Arriba.

PASTORCITA.- ¿Y papá?

BELÉN.- En la iglesia. ¡Qué cosas preguntas! ¿No sabes que mayo es el mes de María?

PASTORCITA.- Es cierto, sí.

BELÉN.- ¿Y tú?

PASTORCITA.- ¿Yo, ¿qué?

BELÉN.-¿ Dónde estás tú? Porque aquí no estás ahora mismo.

PASTORCITA.- ¿No me estás viendo?

BELÉN.- Sí, sí...A ti te pasa algo.

PASTORCITA.- A mí qué va a pasarme.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

BELÉN.- Serán figuraciones mías. (*Canta de nuevo*). “Una reja es una cárcel con el carcelero adentro y con el preso en la calle.”

PASTORCITA.- ¿Has pensado en lo que te dije anoche de Dionisio?

BELÉN.- ¿Del niño del estanquillo? No he vuelto a acordarme para nada.

PASTORCITA.- Tú tienes que ver con ese hombre.

BELÉN.- Ni yo con él, ni él conmigo. No es más que un amigo de la casa.

PASTORCITA.- Pues él viene aquí de otra manera.

BELÉN.- ¡Nada!

PASTORCITA.- Y tú le das pie.

BELÉN.- ¿Yo? No sueñes.

PASTORCITA.- No sueñes tú. Míralo en frío y verás que se está confiando.

BELÉN.- Será porque le da la gana. Porque yo no le he dado a entender que él me guste.

PASTORCITA.- Hablas un día diciendo lo que te gustan los bizcochos y al día siguiente, bizcochos aquí. Dices otro día que prefieres los abanicos colorados, y le falta tiempo para regalarte uno.

BELÉN.- Bueno, pues de ahí podrá sacarse que me gustan los abanicos colorados y los bizcochos, pero no que me gusta Dionisio.

PASTORCITA.- Pues él se lo cree, porque tú le aceptas los regalos.

BELÉN.-¿ Se los debo desairar? Eso sería feo entre amigos de confianza.

PASTORCITA.- Tú lo que debías hacer es desengañarlo de su idea.

BELÉN.- Primero tengo que saber que está engañado.

PASTORCITA.- Lo sé yo.

BELÉN.- Tú te pasas de lista.

PASTORCITA.- Sí, será eso.

BELÉN.- Oye, oye.

PASTORCITA.- ¿Qué?

BELÉN.- Mírame la cara: ven acá.

PASTORCITA.- Déjame.

Belén deja de coser, se acerca a su hermana.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

BELÉN.- No, no te dejes; ven acá.

PASTORCITA.- Déjame.

BELÉN.- ¡Ay, Dios mío! ¿Quién había de pesarlo? ¿Es que a ti te gusta Dionisio, verdad? (*Pastorcita se ruboriza*). ¿Te gusta a ti para novio el niño del estanquillo? Quien calla, otorga. ¡Habérmelo dicho, mujer! ¿Ya ves como sí algo te pasaba?

PASTORCITA.- Me daba bochorno hablar de esto... Yo creía que tú...

BELÉN.- Ni por el pensamiento, hija. Ten celos, si quieres, de todas las muchachas de aquí, menos de tu hermana.

PASTORCITA.- ¿De veras, Belén?

BELÉN.- De veras, Pastora. El niño del estanquillo nunca ha sido más que un buen amigo para mí.

PASTORCITA.- Acuérdate de que no le hace gracia que le llamen el niño del estanquillo.

BELÉN.- Pues, hija, mientras la madre tenga uno, el niño del estanquillo será. ¿No somos las niñas del organista nosotras?

PASTORCITA.- El organista es un hombre; no es un sitio. ¿Te agradaría a ti que nos llamaran las niñas del órgano?

BELÉN.- No veo que haya ofensa en llamarle a Dionisio el niño del estanquillo. Del estanquillo sale, en el estanquillo entra, del estanquillo come, en el estanquillo duerme...

PASTORCITA.- Pero no despacha. Al que despacha sí se le puede nombrar el niño del estanquillo.

BELÉN.- Y al hijo de los estanqueros también. Y si los padres tuvieran una cantina, sería el niño de la cantina.

PASTORCITA.- Cállate que ya llegó.

BELÉN.- Me alegro.

PASTORCITA.- ¿Qué apostamos a que te trae un regalo?

BELÉN.- No te importe: ya que sé lo que sé, si se ha hecho ilusiones a cuenta mía, yo le quitaré la venda de los ojos.

Aparece en la puerta Dionisio. Trae en cada mano una maceta con flores.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

DIONISIO.- Buenas tardes.

PASTORCITA.- Buenas tardes, Dionisio.

BELÉN.- ¡Huy! Con las plantas parece San José.

DIONISIO.- No sea usted burlona. (*Ofrece las macetas*). Pastorcita: geranios. Belén: claveles.
Sus gustos.

PASTORCITA.- Muchas gracias, Dionisio.

BELÉN.- Muchas gracias. Son preciosas las dos.

DIONISIO.- Justamente: las dos...son preciosas.

BELÉN.- ¡Ay, qué fino! ¿Te diste cuenta Pastora?

DIONISIO.- Se le ocurre a cualquiera, Belén.

BELÉN.- Y una para cada una.No quiere usted que tengamos piques las dos hermanas.

PASTORCITA.- El sabe que no los tenemos.

BELÉN.- Claro que no.

PASTORCITA.- Voy a enseñarle a mi mamá la maceta.

Sale con todo y maceta. Dionisio se acerca a la maceta de belén. Corta un clavel. Se lo da.

BELÉN.- Gracias. Tendré que hacerle sitio. (*Duda entre ponérselo en el cabello o en el escote. Al fin lo pone en este último lugar*). Aquí, aquí está más a gusto.

DIONISIO.- No hay que preguntárselo. ¡Ay!

BELÉN.- ¿Qué es eso?

DIONISIO.- Un suspiro que me sube desde las plantas de los pies.

BELÉN.- ¡Jesús, sí que viene de lejos!

DIONISIO.- Además me sirve para iniciar una conversación. En toda la noche no he podido dormir, queriendo recordar aquella canción que cantó usted ayer en la tarde. Como tengo este oído tan infernal. ¿Quiere usted recordármela?

BELÉN.- No sé cuál era. Lo que sí me doy cuenta que a usted le gusta con pasión la música.

DIONISIO.- ¡Oh! Es mi delirio. Y Dios me ha castigado con estas orejas de cartón. Pero una canción bien cantada por una mujer guapa me enloquece. A ver si recuerda usted la de ayer tarde.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

BELÉN.-Vamos a ver..¿Qué decía la letra?

Dionisio.- Eso del suspiro. Si por eso he vuelto a caer.

BELÉN.- ¡Ah, sí! (*Canta*).

“Se me escapó un suspirito...”

DIONISIO.- ¡Esa, esa es!

BELÉN.- “Se me escapó un suspirito...”

DIONISIO.- Cántemela usted muy despacio, y yo la iré repitiendo con usted, a ver si me la puedo aprender. ¿Quiere usted?

BELÉN.- Sí, hombre. ¿Por qué no? Vamos a ello.

DIONISIO.- No he pegado los ojos en toda la noche...

Canta Belén, Dionisio intenta repetir lo que canta, pero el sonido que le sale es muy otro.

BELÉN.- “Se me escapó un suspirito...”

DIONISIO.- “Se me escapó un suspirito...”

BELÉN.- No, hombre, el verso más mecido. Así:

“Se me escapó un suspirito.”

DIONISIO.- Más mecido: “Se me escapó un suspirito.”

BELÉN.- Sus...pirito...

DIONISIO.- Sus...pirito...

BELÉN.- Pi...i...rito....

DIONISIO.- Pi...i...rito....

¡ Ya no puedo mecerlo más!

BELÉN.- (*Lo deja por imposible. Canta sola*)

“Se me escapó un suspirito;

Yo lo mandé para tu casa,

Y el cogió otro caminito.”

DIONISIO.- ¡Así se canta! Malditas sean mis orejas. Qué castigo.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

BELÉN.- No se apure usted, hombre. A todo el mundo ha de faltarle algo. En cambio de ese mal oído tiene usted otras cosas que le envidian más de cuatro en el pueblo. Ya sé que se lo disputan las jovencitas.

DIONISIO.- A mí me interesa sólo una. (*La mira insistentemente*).

BELÉN.- Pues yo soy de las que no entretienen ni consienten a ningún hombre. Para mí todos sobran...menos uno.

DIONISIO.- ¡Ay!

BELÉN.- ¿Qué?

DIONISIO.- Que me ha impresionado la noticia.

BELÉN.-¿ Sí?

DIONISIO.- ¡Todos menos uno! ¿Quién será ese uno, Belén? (*Belén le sonríe*). ¿A quién se parece? No, no conteste. Vamos a dejarnos ya de niñerías: vamos a hablarnos claro. Si para usted no hay nada más que un hombre en el pueblo, para mí no hay nada más que una mujer, que es usted.

BELÉN.- ¿Yo?

DIONISIO.- ¡Usted! ¿Hay otra más bonita?

BELÉN.- ¡Jesús! Pero ¿usted se ha pensado que yo...? ¡Jesús!

DIONISIO.- ¿Jesús?

BELÉN.- ¡Jesús!

DIONISIO.- ¿Cómo?

BELÉN.- ¿Usted cree que es el hombre que a mí me gusta?

DIONISIO.- Sí.

BELÉN.-¡ Jesús, María ! ¿Para casarnos?

DIONISIO.- Sí.

BELÉN.- ¡Jesús, María y José!

DIONISIO.- Que no estoy estornudando, mujer.

BELÉN.- ¿De manera que se ha hecho usted ilusiones...?

DIONISIO.- ¡Claro! ¡Las que usted ha alimentado!

BELÉN.- ¡Eso sí que no!

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

DIONISIO.- ¿Que no? ¡Cincuenta veces! ¿Usted ha visto los ojos que me pone cuando le hago a usted algún regalo?

BELÉN.- Los que tengo.

DIONISIO.- ¡No, no! El día que le traje a usted los molletes, pasó la cosa de los ojos. Porque me dijo usted...

BELÉN.- Le dije a usted que me gustaban mucho: no le dije otra cosa. Los molletes; no usted. Ahora, si usted se encuentra parecido a un mollete...

DIONISIO.- ¡Madre mía!

BELÉN.- Es gracioso esto. ¿ Sólo porque usted me regala molletes, y yo me los como con café con leche, ya vamos a casarnos! ¡Ave María Purísima!

DIONISIO.- Belén, yo creí...

BELÉN.- Pues ha creído usted una tontera, Dionisio. ¿Cuándo en el mundo se han tomado cuatro docenas de molletes como una declaración amorosa?

DIONISIO.- Ya deje en paz los molletes, que se me están indigestando. Ha habido algo más que molletes.

BELÉN.- Usted de mí no puede decir sino que lo he tratado como un amigo que me era agradable, simpático. Y eso es usted para mí, Dionisio. Y para eso está usted que ni pintado: para un ratito de conversación, para comerse unos dulces juntos; para ir a un paseo al campo; para tomarle en misa el agua bendita, para dar un paseo por la Alameda. Para todo esto está usted bien.

DIONISIO.- Sí, sí; no ponga usted ya más ejemplos: yo estoy bien para regalar molletes.

BELÉN.- Para todo lo que usted quiera, menos...

DIONISIO.- ¿Menos para qué?

BELÉN.- Para dar con usted el cerrojazo.

DIONISIO.- ¿El cerrojazo?

BELÉN.- El cerrojazo le llamo ya a echar un cerrojo en la puerta de la calle, y a quedarme en casa sola con un hombre.

DIONISIO.- ¿Le iba yo a dar a usted miedo?

BELÉN.- Miedo, no; porque yo soy muy valiente. Pero es un paso serio. ¡Jesús! No lo hay más serio para nosotras. ¡Vamos! Si lo pienso y me echo a temblar...¿ Usted lo ha meditado? Póngase

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

usted en mi sitio un momento: desayunar con usted, comer con usted, cenar con usted, dormir con usted, que debe usted roncar como un fraile...

DIONISIO.- ¿Yo?

BELÉN.- Todos los que tienen una nariz como la suya roncan como trompetas.

DIONISIO.- Le diré que nunca me he oído roncar. Ya le dije que estoy mal de los oídos. ¡Por favor!

BELÉN.- Lo que usted quiera; pero la idea del cerrojazo con usted me ha sacado de quicio. ¡Aunque usted se enoje y peleemos! Porque no es tan sólo lo que le he dicho ya; no es tan sólo aguantarlo a usted noche y día, y verlo a usted en calzoncillos blancos; no es tan sólo eso... ¿Me quiere usted decir qué hago yo si llego a casarme con usted y me nace un niño con esa barriga? ¿Qué hago yo?

DIONISIO.- Ponerle una faja. ¡Vaya un inconveniente!

BELÉN.- No, hijo, no; plástica, y macetitas, y bizcochos, y molletes, y abanico, todos los que usted guste, pero para dar el cerrojazo, busque usted a otra. Buenas tardes.

Empieza a salir. Pastorcita entra oportunamente.

PASTORCITA.- ¿A dónde vas, Belén?

BELÉN.- A beberme un vaso de agua para pasar un susto que me han dado. (*Sale riendo. Dionisio, molesto, mira a la que se va y a la que llega.*)

PASTORCITA.- ¿Quién le dio un susto?

DIONISIO.- Debo ser yo. Ella en cambio me a dado a mí unas calabazas, que las voy a meter en un baúl siempre que me embarque. Y no me ahogo aunque me vaya a pique.

PASTORCITA.- (*Complacida.*) ¿Con que mi hermana le ha dado calabazas?

DIONISIO.- ¿Y usted se alegra?

PASTORCITA.- Pues no lo siento. Ni usted debe apurarse tampoco. ¿Es que no va usted a encontrar ya quien lo quiera en el pueblo? Está usted mal.

DIONISIO.- Le digo a usted, fuera de bromas, que el trago de su hermanita me ha abierto los ojos. Desde hoy cambio de sistema con las mujeres. Nada de bizcochos, ni de abanicos, ni de

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

flores, ni de molletes, ni de palabritas de caramelo. Nada, nada. Antes de regalarle siquiera un puñado de almendras y avellanas, le voy a preguntar a la que me guste: niña, ¿usted me quiere?

PASTORCITA.- (*Aprovechando la ocasión*). ¿Yo?...Sí...

DIONISIO.- ¿Eh?

PASTORCITA.- La verdad, siempre me ha sido usted muy simpático...muy... muy simpático.

DIONISIO.- (*Azoradísimo*). Muy...muy...Bueno, pero...pero... No contaba yo con...Era un ejemplo, Pastorcita. (*Lo piensa. Serio*). Vamos a ver: ¿usted daría conmigo el cerrojazo?

PASTORCITA.- Dionisio...cuando una mujer quiere a un hombre...dar el cerrojazo, es empezar a vivir. (*Dionisio va a hablar y no puede*). ¿Qué le pasa a usted?

DIONISIO.- Que se me ha pegado la lengua al cielo de la boca. Voy a pedirle a su hermana un vaso de agua, de esa de los sustos.

PASTORCITA.- No creo que sea para tanto...

DIONISIO.- ¿Ah, no?

Pastorcita se sienta y lo mira con coquetería. Él no sabe qué partido tomar. De improviso ella, quemando el último cartucho, canturrea.

PASTORCITA.- “Se me escapó un suspirito...”

DIONISIO.- (*Tocado en su cuerda sensible*). ¡Mi madre! Pero ¿usted también canta esto?

PASTORCITA.- Ya lo ve.

DIONISIO.- No sabía...

PASTORCITA.- Todas las canciones que canta Belén, de mí las ha aprendido.

DIONISIO.- ¿Y cómo no me he enterado yo?

PASTORCITA.- Porque soy muy reservada...en todas mis cosas.

Vuelve a mirarlo, ahora con peor intención que nunca.

DIONISIO.- ¿Me puede usted repetir eso del suspirito?

PASTORCITA.- Ya lo creo. Las veces que usted lo quiera.

DIONISIO.- Hasta ver si la aprendo.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

PASTORCITA.- Entonces vamos a tener que vivir juntos.

DIONISIO.- (*Ríe*). ¡La gracia!

Ríen los dos. Belén se asoma. Sonríe.

BELÉN.- Ya cayó el tonto.

DIONISIO.- (*Feliz canta*).

“Se me escapó un suspirito.”

PASTORCITA.- No, así no. (*Canta ella*).

“Se me escapó un suspirito:

Yo lo mandé para tu casa,

Y él cogió otro caminito.”

DIONISIO.- ¡Eso es cantar!

Belén sale y canta junto a la hermana la misma canción ante el beneplácito de Dionisio. Se cierra el telón.

FIN

PESADO Y MEDIDO

PERSONAJE:

DON SECUNDINO.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

Despacho, ni lujoso ni humilde, ni elegante ni cursi, ni grande ni chico, en casa de don Secundino. No es ni por la mañana ni por la tarde: es al mediodía.

Don Secundino es un señor de cincuenta años, cómicamente triste, usa bisoñé. Viene de la calle, con vivas muestras de cansancio, de disgusto de indignación.

DON SECUNDINO.- No me quedaba más que ver. ¡Hasta la Justicia, de parte de los criminales! ¡Qué mundo! ¡Qué vida! ¡Nunca lo pude esperar de Astea! ¡Mujer al fin! (*Resopla, sofocado*). ¡Esto es cólera! (*Vuelve a resoplar*). ¡Cólera, cólera!...(*Pasea en silencio. Luego tira el sombrero al suelo con rabia*). ¿Qué haces, Secundino? No te conozco... (*Levanta el sombrero, lo sacude cariñosamente. Le habla*). Tú no tienes la culpa, infeliz. ¡Bastante has hecho toda la mañana con soportar esta olla de grillos que llevabas debajo! (*Lo coloca en una silla. Resopla*). ¡Cólera; estupefacción; asombro!...¿Qué podrá pasarme ya a mí que me desconcierte o que me sorprenda? Nada. Si me dicen que un camello preguntó por mí en la portería, a mí me parecerá lo más natural. Ante mí se ha desplomado el mundo. Las leyes de la lógica no existen; son un mito, una farsa; humo, polvo, ceniza...¡Caballeros, que chasco el mío! La lógica acaba de resultarme una cabaretera sinvergüenza. Así, así; sinvergüenza. (*Al público*). Si quieren ustedes compartir conmigo la tribulación, van a oírme. Precisamente yo necesito un desahogo. Todo el mundo presta atención, nadie se mueve; algunas señoras me miran con lástima...Luego es evidente que me quieren oír. Gracias de antemano.

Yo, señores, pasé mi primera juventud, y aun mi segunda y mi tercera- porque en vano trataría de ocultar que ya soy madurito-, buscando respuesta a estas preguntas: ¿Es el matrimonio el estado perfecto del hombre? ¿Debe casarse el hombre? ¿Debo casarme yo? ¿A qué edad debe casarse el hombre? ¿A qué edad debo casarme yo? Son tan arduas, complejas y dificultosas, que me han llevado, como dejo dicho, tres juventudes, y no las he contestado en definitiva hasta hace cuatro meses, que me leyeron la famosa Epístola de Ocampo.

Devoto, más que devoto, esclavo de la Sindéresis, siervo de la Razón y de la Lógica, consulté un montón de estadísticas: ¡el noventa y siete por ciento de ellas favorables al matrimonio! Desprecié el tres por ciento. Y pensé después mirarme en el espejo de mis amigos, que, puesto que lo son, algo semejante ha de haber entre ellos y yo; ¡compulsa, analiza, aquilata,

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

pesa, mide!...Y pesé y medí. Dos amigos míos estaban casados y eran dichosos; otros dos, que permanecían solteros, se habían comprometido, enredados con sendos pendones- la palabra suena mal, pero es exacta y está en el Diccionario de la Academia-, y no eran felices; y un quinto amigo, en fin, disfrutaba de los dos estados: tenía esposa y pendón. Consecuencia: yo debía casarme. ¿A qué edad? ¡En seguida! Sí; porque pesando y midiendo había perdido un tiempo precioso. Sobre que ya tenía cuarenta años y pico, y me iba a ser difícil casarme más joven de lo que era. Sin embargo, y para consolarme de esta dificultad, mi natural sindéresis me decía: el matrimonio prematuro es expuesto: sobra fuego y falta experiencia; el matrimonio tardío es peligroso: sobra experiencia y falta fuego. Es menester casarse cuando una cosa compensa a la otra: ni exceso de experiencia, ni exceso de fuego, ni exceso ninguno. Mitad y mitad. Mitad se le llama en el matrimonio a la parte complementaria. Mi mitad, mi cara mitad...Como que, en rigor, el matrimonio es eso: una persona a quien parten por la mitad. Y no se tome esto en sentido equívoco. Consulté de nuevo estadísticas, comparé, medité, profundicé, pulsé, pesé y medí. Y me di un golpe en la frente. ¡Yo tenía la edad para casarme; yo debía casarme. ¿Con quién? ¿Cómo debía ser mi novia? ¿De dónde debía ser mi novia? ¿Qué edad debía tener mi novia? Mi primera duda fue ésta: Secundino ¿tú tienes ya un tipo de mujer? Recapacita. Entiéndase lo que quiero decir: si yo tenía concepto fijo, imagen soñada, ideal...Y de deducción en deducción, de consecuencia en consecuencia, llegué a estas conclusiones finales: ¡Ahora estoy tocando las consecuencias! Mi esposa debía ser una mujer modesta y bonita; de mediana posición social, sin madre, a ser posible, y de tener madre, que no tuviese padre; que no hubiese nacido en ninguna de las regiones extremas de México; esto es, que no debía ser ni tamaulipeca ni yucateca, ni chihuahuense ni tabasqueña; que tuviese diez o doce años menos que yo, y que no fuese ni completamente una lugareña ni absolutamente una capitalina. ¡Pesado y medido, señor! Bueno: pues esta mosca blanca la encontré en Toluca. “¡Ella es!”, gritó mi ser entero al verla.

Adelante. Redacté ipso facto una declaración preciosa y la guardé durante nueve meses. No había que precipitarse: había que estudiar el carácter de mi elegida y las condiciones de su ascendencia. A la mejor, los organismos se repelen y los caracteres no casan. Me preocupaban altamente los hijos. Yo me casaba para tenerlos. ¿Me los daría aquella mujer? ¿Cuántos me daría? De su complexión cabía esperarlos con fundamento legítimo, sus curvas eran harto elocuentes; estaban llenas de promesas...Por otra parte, una hermana suya tenía dos; su madre

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

había tenido tres; mi hermano mayor tiene siete, y el segundo, cuatro; yo, que soy el pequeño, bien podía esperar uno o dos siquiera. Pero bien: ¿serían perfectos estos hijos? ¿Serían saludables? ¿Serían guapos? ¿Cómo serían? Estudié los antecedentes de ambas familias con toda escrupulosidad; me analicé la sangre dos veces; me valí de un ardid para que ella se la analizara asimismo, y el resultado de mis investigaciones y vigiliias fue triunfal, admirable: Matilde Torrejón y Buyrguillos debía ser la esposa de Secundino Artigas y Clodoveal ¡Habíamos nacido el uno para el otro! Si ella era predominantemente sanguínea, yo era predominantemente linfático; si ella era vehemente y risueña, yo era calmoso y grave; ¡todo equilibrado, señores! Si ella tenía un tío flemático y grueso, yo tenía uno nervioso y flaco; y si hubo un loco en su familia, en la mía hubo un tonto, que no ha sido el único, por lo visto. ¡Todo equilibrado, todo compensado! Consulté, por último, con mis confesores- tengo dos, uno en la capital y otro aquí-; copié la carta de declaración de nueve meses antes, porque la tinta se había puesto parda y el papel amarillo; se la remetí a la dama de mis pensamientos con un ramo de lilas, y esperé tranquilo la respuesta. Y fue satisfactoria. Y en los dos años que duraron nuestras relaciones- un año por cabeza- no hubo entre nosotros un sí ni un no como era natural que ocurriese. Antes de ir al altar nos confesamos mutuamente flaquezas y defectos. Yo tenía más defectos que ella. Ella tenía...menos flaquezas que yo. Yo le declaré, entre varias cosas no tan interesantes, que usaba bisoñé: *Se lo quita y queda pelón*. Ella fue tan angelical, que me confesó que lo había notado desde le primer día. Lo mismo, exactamente, me ocurrió con la pintura del bigote: también la había notado, y también me lo dijo. Esto me halagó sobremanera, porque me revelaba un alma sin dobleces. ¿Que nos quedaba por decidir ya, en medio de tanta ventura? Una sola cosa importante: si su madre habrá de vivir o no con nosotros. Y he aquí que en este punto preciso todas las estadísticas, todas las referencias están conformes que una suegra presente en la casa es cien veces menos tolerable que una suegra por correo o por telégrafo. Mamá, pues, se quedaría en Silao. Yo siempre la llamé mamá, con una ternura que nadie ha sabido agradecerme. Nos casamos, para concluir, como dos tortolitos, y al partir el tren que había de conducirnos a Guadalajara, le apreté por primera vez la mano derecha más de lo justo. Ella me sonrió y...Basta.

Conocidos estos prolijos antecedentes, ¿quién pondría pensar sino que mi matrimonio había de servir de ejemplo en el mundo? Pues ¡buen ejemplo nos dé Dios! Mi desencanto ha sido enorme; mi caída, de lo alto de la Torre Latinoamericana. Esta mañana he encontrado en la mesa

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

de noche una carta de la perjura, en que me dice que se escapa con el secretario y la doncella ¡porque no pueden aguantarme! ¡A mí! ¡A mí! ¡El espejo de la cortesía, que le pasaba tarjeta a mi mujer para entrar en su alcoba! ¡Ay! Creí que soñaba al leer aquellos pavorosos renglones, y me di una ducha. ¡Pero no soñaba! ¡Se habían escapado los tres! ¡Abrumador conflicto! ¿Qué debía hacer yo? ¿Qué determinación tomaría? ¿Los buscaba? ¿No los buscaba? ¿Daba parte? ¿No daba parte? ¿La mataría? ¿No la mataría? ¿Mataría al secretario? ¿Me mataría yo? ¿No mataría a ninguno? ¿Qué hacer, Dios mío? Una inspiración, un impulso no sentido nunca, me llevó a la casa de un famosísimo jurisconsulto: Valdivieso. Me encerré con Valdivieso en su despacho y he estado con él, dale que le das, cinco horas. Lo llamaron para comer, dos veces: inútil. Ladró el perro: inútil. Oí a la familia discutir si ponían o no ponían una escoba detrás de la puerta: inútil. Yo no me daba por aludido. Le expuse el caso a Valdivieso de la a a la zeta, detalle por detalle, pelo a pelo- ya ustedes me conocen un poco- él cerraba los ojos, sin duda para recoger mejor su atención y de cuando en cuando se quejaba de los riñones; y al cabo de las cinco horas-esto mana sangre-el intérprete de la Ley se puso de pie repentinamente ¡ y me dijo, con todas sus letras, que mi esposa, mi secretario y la criada habían hecho bien en escaparse por no aguantarme a mí! ¡El intérprete de la ley me dijo esto! Una congestión pasó por el despacho. Afortunadamente no me dio.

Salí a la calle. No podía presumir que en la calle me esperaba el último golpe. Me tope a un amigo regiomontano, Jorge Garza Treviño, a quien odio con mis cinco sentidos, por incompatibilidad de caracteres. Me abrazó con mil zalamerías; me espetó que era muy dichoso; que se había casado; que tenía dos hijos como dos soles, y que su mujer era una manzana...No sé lo que pasó por mí. “¿Dónde conociste a esa manzana?..-me atreví a preguntarle-. Y me contestó con su ligereza de siempre. “En el tren” “¿En el tren? “ ¡En el tren!” Las cosas de la vida, Secundino. Si en lugar de meterme en un vagón me meto en otro, no me caso. Y se echó a reír y se puso a tocar los palillos. ¿Cabe, dada mi situación, burla más sangrienta, befa más cruel? ¿Comprenden ustedes ahora el desquiciamiento moral de que les hablaba al principio y de que soy víctima? ¡La Lotería Nacional tiene más lógica que la tabla de logaritmos! Una desolación; un espanto. Me faltan las fuerzas. Necesito comer para discurrir en razón. Si alguno de ustedes quiere acompañarme, entre plato y plato, le daré lectura de los estatutos y del reglamento interior que yo había establecido en mi casa. Nadie me contesta. Esto me alarma grandemente. Buenas

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

tardes. Si alguien se decide voy a comer en el Restaurante Albo. Es comida vegetariana, como debe ser. Buenas tardes, señores. *(Coge el sombrero y se encamina a la puerta, da un suspiro de dolor).* ¡Ay!.*(Se dirige al público).*

“Voy desolado, abatido,
Roto el fiel de mi balanza...
¡Ay, Lógica, te has lucido!
¡Si decido la venganza,
Ni la peso ni la mido!”

FIN

LA FLOR EN EL LIBRO

PERSONAJES:

PASCUALA

PASCUAL

Estudio elegante, en casa de Pascual y Pascuala. Puertas al resto de la casa.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

Es de noche.

Pascual y Pascuala, que andan por los cuarenta y tantos años, llevan quince de matrimonio. No tienen hijos. La mayor parte del día pelean.

Entra Pascual muy enojado.

PASCUAL.- ¡Cristo Padre, qué día el de hoy! ¡Como la noche vaya a seguir así, me echo a la calle aunque caigan rayos! ¡Mejor, si caen rayos! ¡A ver si hay alguno que me mate! (*Pasea agitado*). ¡No puedo más! ¡No puedo más! ¡Esto no es vida! ¡Ni hay ley humana ni divina que obligue a este tormento! ¡No creo que sufra más un domador metido en la jaula! (*Con terror súbito*). ¡Ahí viene otra vez! ¡No quiero verla ahora!

Se escucha la voz de Pascuala que lo llama.

PASCUALA.- ¡Pascual!

PASCUAL.- ¡No quiero oírla! ¡Hoy tiene voz de despertador!

PASCUALA.- ¡Pascual!

Sale por la puerta izquierda. Por la derecha entra Pascuala en estado muy semejante al de Pascual. Algo más nerviosa, porque las mujeres son más sensibles.

PASCUALA.- No está aquí. ¡Se fue! ¡Me huye! ¡Me huye! ¡Me huye, como si estuviese apesada! ¿Qué he hecho yo, Señor, para merecer esta vida? ¡Esto no es matrimonio: esto es encerrar en una casa a una perra y a un gato! ¡No puedo más! ¡No puedo más! ¡Mi paciencia ha llegado al límite! (*Se escucha ladrar a un perro casero*). ¡Muérdelo Aníbal! ¡Muérdelo! ¡Ay, qué coraje tengo!

Vuelve Pascual por la puerta del foro.

PASCUAL.- Esta cosa va a morir de un puntapié mío. ¡Estúpido animal!

PASCUALA.- ¿Sí, eh? ¡Pues ese día vas a dar a la cárcel!

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

PASCUAL.- Encantado.

PASCUALA.- ¿Estás aquí peor?

PASCUAL.- Cuando te digo que encantado...Pero tranquilízate un poco, si es que puedes, que acaba de llegar la vecina.

PASCUALA.- ¿Quién? ¿Dorotea?

PASCUAL.- Dorotea; sí.

PASCUALA.- (*Descompuesta*). Pues que se vaya.

PASCUAL. ¡Schssss!

PASCUALA.- ¡Viene a sonsacarte, a ponerte los ojos en blanco, a burlarse de mí en mis narices!...

PASCUAL.- ¡ Ave María Purísima! (*Cierra precipitadamente las tres puertas*).

PASCUALA.- ¡ Si tú todavía te sientes un estudiante por qué no te vas a su casa, que la bruja de la mamá cuidará de hacerse la dormida!

PASCUAL.-¡Schsss! ¡No digas tonterías!

PASCUALA. Y, si no, convídala a un cine, que está a oscuras, y la oscuridad lo protege todo!
Pero ¡en mi casa, no! ¡En mis narices, no!

PASCUAL.- En el nombre del Padre.

PASCUALA.- Y de todos los santos del cielo.

Se escucha un portazo y los ladridos de Aníbal.

PASCUAL.- Ya se fue. No se ha atrevido a saludarte. Habrá escuchado tus gritos.

PASCUALA.- Tanto mejor; así no vuelve.

PASCUAL.-Pero ¿qué te propones, Pascuala? ¿A dónde vamos a parar por este camino...mujer? Además de que no podemos aguantarnos solos, ¿vas a impedir el paso a la gente que viene a poner una tregua en nuestras trifulcas?

PASCUALA.- A la gente sin vergüenza, desde luego.

PASCUAL.- ¡Bah, bah! Mide tus palabras alguna vez. No insultes a una pobre muchacha que en nada te ha ofendido.

PASCUALA.- ¡Anda! ¿Te molestó? ¡Mira cómo saltaste para defenderla!

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

PASCUAL.- ¡Y lo que tengo que saltar! ¡Lo que es al lado tuyo!...

PASCUALA.- ¡Ahora sí, yo te hago saltar!

PASCUAL.- Me haces saltar y hasta bailar en el alambre.

PASCUALA.- ¿Qué diré yo entonces, si a esas vamos? Me contrarías en todo; no me das un gusto; si yo digo blanco tú no sabes decir más que negro; si yo digo que llueve, tú que ya terminó de llover.

PASCUAL.- ¡Bah!

PASCUALA.- Sí, ¡bah, bah! ¡Mira cómo no me llevas a Acapulco, que es lo último que te he pedido! Ha bastado que muestre empeño en ir, decidido empeño, para que tú tengas que hacer en la capital cien cosas importantes. ¡Tú! ¡Un vago de real orden, que no ha sabido nunca más que vagar, ahora no puede moverse de México porque yo quiero que me lleve a Acapulco! ¡Definitivo, concluyente!

PASCUAL.- Te he dicho, y me he cansado de repetírtelo, que vayas tú con tu hermana a Morelia, ya que a mí, por fuerza, y bien que lo deploro, me es imposible ahora moverme de México! ¡Me duele la garganta de argumentarte!

PASCUALA.- Eso quisieras tú, precioso Pascual: que te dejara el campo libre; para que mientras yo me aburro en Morelia sola con mi hermana, baje aquí la vecina todas las noches a distraerte a ti. ¡Miau!

PASCUAL.- Te salió muy bien el maullido. ¡Muy aristocrático! ¡Muy elegante! ¿Lo aprendiste del chofer o de la recamarera?

PASCUALA.- Oye, pero ¿es que estábamos en Versalles y yo no me había dado cuenta? Porque hace dos minutos te saliste del comedor mandándome a la porra.

PASCUAL.- ¿Te mandé yo a la porra?

PASCUALA.- Sí.

PASCUAL.- ¿Y ya fuiste?

PASCUALA.- Fui y volví. Ya estoy aquí de nuevo.

PASCUAL.- Aquí estás desde hace quince años... ¡Quince años!

PASCUALA.- ¡Quince años! ¡Quince años mirando esa cara al despertar!

PASCUAL.- Quince años haciéndome el dormido para no ver la tuya.

PASCUALA.- Continúas en Versalles.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

PASCUAL.- Tú me has enseñado el camino.

PASCUALA.- ¿De qué me enamoraría de este hombre? Esta es mi obsesión. Talento, no tiene; figura, no tiene; gracia, no tiene. ¿Qué tiene?

Pascual.- Eres la peor sombra que ha tenido algún mortal.

PASCUALA.- Tú diste conmigo, ¿no?

PASCUAL.- Claro. Y ¡cómo di! ¡De boca!

PASCUALA.- ¿Sí, eh? ¡Pues peor pudieras haber caído, mamarracho!

PASCUAL.- ¡Peor es muy difícil! Qué tontería hicimos al casarnos, Pascuala. ¡Es preciso reconocerlo! ¡No es posible hallar dos personas que rabien más de verse juntas! ¡Ni siquiera hemos tenido hijos!

PASCUAL.- Más vale.

PASCUAL.- Más vale, sí, porque si llega a nacer un niño parecido a mi suegro, ¡lo mato!

PASCUALA.- ¿Qué más quisieras tú?

PASCUAL.- ¡Lo mato!

PASCUALA.- Mira Pascual, tengamos en paz la fiesta.

PASCUAL.- ¿A qué llamas fiesta?

PASCUALA.- No mezclemos en nuestras disputas a las personas de la familia; mira que si yo me pongo a calificar a tu hermana, voy a tener que usar una sola letra. Ya sabes tú cuál es.

PASCUAL.- ¡Pascuala!

PASCUALA.- ¡Pascual!

PASCUAL.- ¡Pascual...Pascuala! ¡Qué bonito! Esta maldita coincidencia de nombres también contribuyó a la negra tontería. Nos cayó en gracia...Casi nos dio a entender que habíamos nacido el uno para el otro...¡Miau! Ahora me toca a mí maullar. ¡Pascual...Pascuala!

PASCUALA.- Tú me lo escribiste en un abanico.

PASCUAL.- ¡Lástima de tinta!

PASCUALA. (*Recordando*).

“Tú Pascuala, Pascual yo,

Me iré de tu pensamiento,

Pero de tu nombre, no.”

PASCUAL.- ¿A poco no estuve ingenioso?

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

PASCUALA.- Otro gancho fue que habíamos venido al mundo el mismo día.

PASCUAL.- Sí, diez de agosto; San Lorenzo, ¡que murió rostizado en parrillas, precisamente! Y, sin embargo, yo lo envidio.

PASCUALA.- ¿Que lo envidias, dices?

PASCUAL.- ¡Naturalmente! Murió el desdichado como un mártir... ¡y ahora está en la gloria! ¡Pero yo sigo en la parrilla! ¡Llevo en la parrilla quince años! ¡Y lo que cuelga!

PASCUALA.- ¿Lo que cuelga?...En cuanto a eso, te diré: estás a tiempo.

PASCUAL.- ¿Cómo?

PASCUALA.- Estamos a tiempo.

PASCUAL.- ¿Qué?

PASCUALA.- Que a tiempo estamos de terminar este suplicio.

PASCUAL.- ¿Hablas en serio?

PASCUALA.- ¿No me ves la cara? Ni es ésta la primera ocasión en que pienso tal cosa.

PASCUAL.- Sigue, sigue.

PASCUALA.- No tenemos hijos a quien dar el mal ejemplo de una separación; en cambio, continuamente nos damos nosotros mismos el bochornoso espectáculo de estas escenas de vodevil. Y lo que es aún peor: no tenemos paciencia; hemos llegado a sernos antipáticos; somos como el agua y el fuego. El agua eres tú.

PASCUAL.- ¿Sí, seguramente tú eres el fuego? Pero sigue.

PASCUALA.- Hay que reconocerlo como tú afirmabas hace cinco minutos: es una lamentable equivocación nuestro matrimonio. ¡El madrigalito que hiciste a los nombres es una estupidez! Pues bien; tengamos el valor de cortar por lo sano: separémonos. ¿Tú te sonríes?

PASCUAL.- Me traicionaron mis músculos faciales.

PASCUALA.- Separémonos. Si continuamos viviendo unidos, nos envenenará lentamente el odio y cometeremos el día menos pensado una violencia. Hay que quemar las naves: tú por un lado y yo por otro.

PASCUAL.- Como debe ser.

PASCUALA.- Tú por un lado y yo por otro. ¡Se acabó!

PASCUAL.- ¡Se acabó!

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

PASCUALA.- Todo, como comprenderás, por mi parte, antes que seguir siendo un estorbo al lado tuyo; antes que seguir viviendo junto a un hombre que confiesa que por las noches se hace el dormido para no verme a mí la cara.

PASCAL.- Estás hablando como un libro. Te aplaudo sin reservas. ¡ Ya era hora! Yo también lo he pensado cien veces; pero quería reservarte a ti la iniciativa. ¡ Ya era hora! No hay otra solución; no hay otra medicina para curar un mal tan incurable. Tú por un lado y yo por otro. ¡Muy bien! Tú a la derecha, yo a la izquierda. ¡Admirable!

PASCUALA.- Pues punto concluido.

PASCUAL.- Punto concluido.

PASCUALA.- Las cosas graves requieren muy pocas palabras y mucha decisión. Ahora mismo se lo voy a escribir a mi hermana.

PASCUAL.- ¿Vas a vivir con ella?

PASCUALA.- Viviré con quien se me antoje.

PASCUAL.-¿ Ah, sí?

PASCUALA.- ¡Claro que sí!

PASCUAL.- Según y cómo, Pascualita.

PASCUALA.- ¿No vivirás tú también con quien te dé la gana?

PASCUAL.- Yo...yo probablemente me iré a un hotel.

PASCUALA.- ¡Sí! ¡La vida de soltero! ¡Y te enredarás con cualquier zapatilla! ¡Te conozco perfectamente!...Y lograrás tener...al fin, lo que no has tenido en estos quince años de presidio: ¡el adorno que tienen todos tus cuñados! (*Hace unos cuernos con los dedos*).

PASCUAL.- ¡ Pascuala!...

PASCUALA.- Amargan las verdades, ¿eh? Pues a nadie culpes. *Se sienta en una mesita a escribir.*

PASCUAL.- (*Reprimiéndose*). Calma, calma...No haya más réplicas... No volvamos atrás por mano del diablo.

PASCUALA.- (*Leyendo en voz alto la carta que escribe*). “Querida hermana: la fecha de hoy es memorable para mí. Ya llegó el día que tú estabas temiendo. Harta, al cabo, de vivir en compañía de un hombre ingrato, esquivo, majadero, grosero...”

PASCUAL.- Calma, calma...

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

PASCUALA.- “...Mal educado, hipócrita, sinvergüenza, inmoral...”

PASCUAL.- (*Canturrea un trozo de la zarzuela “Marina”*)

“Marina, yo parto

Muy lejos de aquí...”

PASCUALA.- “...De un hombre de hielo, de un hombre absurdo que ni siquiera ha podido darme un hijo...”

PASCUAL.-(*Ahora canturrea “ La Verbena de la Paloma”*)⁹

“ Porque voy a gastarme en botica

lo que tú me has hecho padecer...”

PASCUALA.- ¡Silencio!

PASCUAL.- Silencio.

PASCUALA.- (*Con cierta emoción mal contenida*). Un poco de dignidad en esta hora crítica, botarate; no es de burla el caso. Además, cuando quieres tener gracia, no la tienes, y cuando no la quieres tener, tampoco. Déjame que concluya.

PASCUAL.- Concluye.

De un pequeño estante coge un libro al azar y se sienta a leer con aire distraído. Pausa. Pascuala suspende la carta. Se enjuga unas lágrimas y da un suspiro. Luego continúa.

PASCUALA.- ¡Todo sea por Dios!

PASCUAL.- (*Para sí, mientras ella escribe*). ¡Hombre! ¡Mira que libro he cogido! (*Hojea el libro. Encuentra una flor disecada*). ¡Ya tiene años esta flor...Yo mismo la puse en esta página. (*Ve a la mujer. Se emociona. Al punto se rehace*). ¡Bah! ¡Bah! ¡Nada se sentimentalismos! El momento es de reflexión y energía. (*Deja el libro*). Cualquier flaqueza sería un disparate.

Se levanta y sale por la puerta del foro. Pascuala lo ve irse. Después se levanta. Se acerca y toma el libro que él dejó en el sillón. Lo mira. Lo abre. Encuentra la flor. La toma, emocionada, entre sus dedos.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

PASCUALA. ¡Dios mío, qué recuerdo! (*Suspira*). ¡Ay! ¡Ya ha llovido, ya! (*Pone el libro en el lugar donde estaba. Se asoma con cautela a la puerta por la que él salió*). ¿Qué hace ahora?... ¡Acaricia a Aníbal!...Es mucho más cobarde que yo...Ahora pone un cuadro derecho...Y dice que se va a ir a un hotel... (*Se asusta al verlo venir. Casi corre para sentarse y ponerse a escribir. Entra Pascual.*)

PASCUAL.- ¿Todavía no terminas?

PASCUALA.- (*Escribiendo y leyendo*). “En fin, mañana me iré ya para siempre de esta casa, que pusimos con tanta ilusión, con tanto esmero- ¡él mismo colgó los cuadros!-, donde, a pesar de ello, no hemos logrado la soñada ventura. Hasta mañana, hermana mía. Espérame con los brazos abiertos... (*Llorando*). ¡Estoy ansiosa de cariño! El perro, me lo llevo, naturalmente. El loro se lo dejo a él, para que no se aburra.”

PASCUAL.- ¿Ahí se acaba?

PASCUALA.- Sí.

PASCUAL.- ¿La puedo leer?

PASCUALA.- ¿Por qué no?

PASCUAL.- Dámela.

PASCUALA.- Toma.

Pascual, sin leerla, la rompe tranquilamente. A ella, ante el hecho, le da una congoja tragicómica.

PASCUALA.- ¿Qué te pasa? ¿Por qué...?

PASCUAL.- Tiene faltas de ortografía.

PASCUALA.- Eso no es motivo.

PASCUAL.- No quiero que la envíes.

PASCUALA.-¿ No?

PASCUAL.- He cambiado de opinión.

PASCUALA.- ¿ Y si yo no lo he hecho?

PASCUAL.- Procuraré convencerte.

PASCUALA.- ¡Pascual! ¡Te has vuelto loco!

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

PASCUAL.- Hace un instante, sí. Y tú también.

PASCUALA.- (*Tímidamente*). Y ¿qué te ha vuelto a la razón?

PASCUAL.- La cosa más inesperada y más sencilla: una flor en el libro.

PASCUALA.- ¿Romanticismo?

PASCUAL.- Realismo, Pascuala. ¡El más fuerte realismo! La prueba es que he vuelto a la realidad. Esa flor en el libro es, cuando menos, un momento elocuente, dichoso, de la dicha más noble; un momento que vale por mil...La flor era tuya; el libro era mío; juntos leíamos una página; juntos disecamos la flor para dejarla en ella...Y ahí lleva quince años.

PASCUALA.- Es verdad. Antes de ser el uno del otro, cuando soñábamos que entre los dos no hubiese ni tuyo ni mío, esa flor fue la primera cosa de los dos.

PASCUAL.- Cierto. Y esa flor no ha sido sola en nuestra vida. Su vista me ha hecho recordarlo...Mi corazón tiene buena memoria.

PASCUALA.- El mío también...aun cuando los dos la pierden con bastante frecuencia...

PASCUAL.- En estos quince años de que renegábamos antes, ¡cuántas flores hemos disecado sin desecarlas y sin guardarlas en los libros!...

PASCUALA.- ¡Cuántos instantes dichosos!...Menos que peloterías, pero más dignos del recuerdo.

PASCUAL.- ¡Dios nos libre de acordarnos así de las peloterías!

PASCUALA.- ¡Instantes dichosos!...Cuando yo me sentaba a tocar el piano y tú me escuchabas sin cansarte!

PASCUAL.- Sí.

PASCUALA.- Cuando te sentabas tú y te ladraba Aníbal..

PASCUAL.- Ya, ya. Los planes de viajes...los cien paisajes en cuya vista nos deleitamos juntos...las chucherías compradas dondequiera.

PASCUALA.- Aquella fotografía vestidos de moros en la Alambra.

PASCUAL.- Oh.

PASCUALA.- Lo bien que te veías con la barba de candado.

PASCUAL.- El regreso a la casa, la comida casera. Los muebles, las cosas familiares, las sábanas propias.

PASCUALA.- La ilusión del hijo...tantas veces desvanecida.

PASCUAL.- ¡Ay!

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

PASCUALA.- ¡La vez que se formalizó...y que tuvimos gresca a cuenta del nombre que había de ponerle!

PASCUAL.- Grescas que hemos tenido por todo.

PASCUALA.- Y cuando yo estuve tan mala, te acuerdas.

PASCUAL. Me acuerdo.

PASCUALA.- Muy grave.

PASCUAL.- ¡Gravísima! ¡Te llevaste dos días sin hablar!

PASCUALA.- (*Cariñosa*) ¡Rencoroso!

PASCUAL.-(*Cariñoso*) ¡Tonta!

PASCUALA.- Recuerda cuando te dio la hepatitis. ¿Quién te cuidó? Y no me digas que te ha dado esa enfermedad mil veces.

PASCUAL.- No; no. Te iba a decir una cosa bien distinta. Te iba a decir que todos estos instantes felices, y a aun los que sin serlo, nacen del cariño que dio vida a los otros, tejen una red invisible en esta uniones de hombre y mujer, y no hay forma de escapar de ella ni fuerza que la quiebre. Ocasiones hay en que parece que se ha roto, y ella y él se separan, y los hilos pegados a sus carnes, que sin verlos se llevaron ambos en la huída, se atraen con poder misterioso, se atan y se anudan, y vuelven a juntar a los que se alejaron juzgándose libres...¡Son las infinitas horas del vivir cara a cara, nutriéndose del mismo aire, suspirando unidos, formando sin sentir cadenas de risas y de lágrimas!

PASCUALA.- ¡Qué talento tiene mi esposo!

PASCUAL.- ¿Talento? No. Sentido común. No siento más que ofuscarme de cuando en cuando.

PASCUALA.- Por culpa mía.

PASCUAL.-Quizá.

PASCUALA.- ¿Quizá?

PASCUAL.- Sí, Pero esta noche he tenido yo la culpa de todo.

PASCUALA.- De todo, no.

PASCUAL.- De todo, sí.

PASCUALA.- Como quieras: no he de contrariarte.

PASCUAL.- Ni yo a ti tampoco. En prueba de ello, y ya que es tu deseo más vehemente.

PASCUALA.- ¿Qué?

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

PASCUAL.- Te llevaré a Acapulco.

PASCUALA.- Gracias, gordito.

PASCUAL.- De nada, gordita.

PASCUALA.- Voy por el libro de la flor.

PASCUAL.-¿ Para?

PASCUALA.- Para leerte un verso que está ahí.

PASCUAL.- No hace falta, me lo sé de memoria. *Dice el verso.*

“¿Te acuerdas, amada? ¿Te acuerdas?

Señales de muto cariño,

Tus manos suaves, mis manos ardientes,

Sembraron de flores un libro...”

PASUAL.- ¡Pascuala!

PASCUALA.- ¡Pascual!

Se toman las manos. Suena el timbre de la puerta. Pascuala va a asomarse a la ventana. Cambia su expresión.

PASCUALA.- ¡Ahí está esa otra vez!

PASCUAL.- ¿Cuál esa?

PASCUALA.- La vecina. Tú la has de haber citado...Di que no...

PASCUAL.- Pero mujer...

PASCUALA.- La voy a echar y después hablamos tú y yo...¡ Es el colmo!

Sale Pascuala furiosa. Pascual se queda un momento sin saber que hacer. Toma el libro. Toma la flor de él. La vuelve a poner en el libro. Después lo coloca en el librero. Suspira. Se hace el oscuro final.

FIN

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

LA NIÑA DE JUANA
O
EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

PERSONAJES:
LA NIÑA DE JUANA
JUANA
HERRERITA

Sala modesta. Puerta al foro y otro a la izquierda.

Es por la mañana.

Entra Herrerita por la puerta del foro. Es un joven audaz y decidido. Al entrar no hay nadie. Él busca con la mirada.

HERRERITA.- ¡Buenos días!...Parece que no hay nadie. La casa misteriosa: no suena el timbre, la puerta está abierta y no hay alma viviente. *(Alza la voz)*. ¡Buenos días! Nada, no contestan. *(Ahora aplaude fuerte para que lo oigan. La niña de Juana habla desde dentro)*.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

NIÑA.- ¿Quién es?

HERRERITA.- Gente de paz.

NIÑA.- ¡Espere usted un instante! Pero ¿usted por dónde ha entrado?

HERRERITA.- Por la puerta.

NIÑA.- Y ¿quién le ha abierto?

HERRERITA.- Nadie. Estaba abierto.

NIÑA.- Vaya.

HERRERITA.- Parece voz de una joven. Ha de ser la hija de Pizarro.

Por la puerta izquierda aparece la niña de Juana. Viene muy arreglada, como para fiesta.

NIÑA.- Buenos días.

HERRERITA.- ¡Caramba! Buenos días.

NIÑA.- Usted ¿quién es? ¿Qué se le ofrece? (*Herrerita, embobado mirándola, no le responde*).

¿Se ha quedado usted mudo?

HERRERITA.- Le diré a usted: me falta la respiración.

NIÑA.- ¿Por la escalera? Pues no son tantos escalones.

HERRERITA.-¿ No, verdad? ¡Pues yo no he subido nunca tan arriba!

NIÑA.- ¡Vaya! (*Se pone seria*). Usted dirá lo que se le ocurre.

HERRERITA.- ¿Lo que se me ocurre? Todo lo que se me ocurre no me atrevo a decírselo a usted.

NIÑA.- ¡Lo que se le ofrece, señor; que habla usted demasiado!

HERRERITA.- De eso tiene la culpa mi oficio, ¿sabe usted? Yo soy impresor del periódico El Liberal; me paso todo el día componiendo palabras en silencio, y no parece sino que me las trago, porque luego, cuando principio a hablar, tengo tantas palabras en el cuerpo, que no me calla nadie.

NIÑA.- Nada de ese cuento me interesa a mí. Usted ¿qué es lo que quiere?

HERRERITA.- Todo, menos que usted se moleste conmigo. Don José Pizarro ¿vive aquí?

NIÑA.- No, señor, vive aquí junto.

HERRERITA.- ¿Aquí junto?

NIÑA.- En la puerta de al lado.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

HERRERITA.- ¡Lo que siento que no viva aquí!

NIÑA.- Pues ya le he dicho donde vive.

HERRERITA.- Sí, aquí junto. ¿Usted sabe si estará ahora en su casa?

NIÑA.- Lo que sé es que se está usted poniendo bastante pesadito.

HERRERITA.- No me lo diga usted. Y usted dispense. Pero hágase usted cargo. ¿Usted no viene de mirarse en el espejo? Pues entonces...! ¿No es natural que yo no quiera irme?

NIÑA.- (*Sonriendo a pesar de ella*). ¡Vaya!

HERRERITA.- Yo llegué aquí en busca de Don José Pizarro, para darle una razón de parte de mi jefe, y bendigo la hora en que me equivoqué de puerta. Si en el camino me hubiera encontrado una mariposita blanca, tomo esta equivocación de buen agüero. Lo que no me parece bien, con permiso de usted, es que en esta casa se quede ni un minuto la puerta abierta.

NIÑA.- Se ve, se ve que tiene usted muchas palabras en el cuerpo.

HERRERITA.- ¡ Y razón, no tengo en lo que digo? Porque lo mismo que he entrado yo por casualidad, entra un mal ángel.

NIÑA.- ¿Más, todavía?

HERRERITA.- ¿Soy un mal ángel?

NIÑA.- La del mal ángel ha sido mi mamá, que se ha ido a la calle a buscar un taxi y no ha cerrado la puerta al salir.

HERRERITA.- ¿Y a eso le llama usted mal ángel? ¡Pues no ha tenido poca gracia la señora! ¿Con que por un taxi? ¿Van ustedes de fiesta, o es que se va usted a retratar?

NIÑA.- Eso que usted ha dicho.

HERRERITA.- Dije dos cosas.

NIÑA.- Lo del retrato.

HERRERITA.- ¿Se va usted a retratar? ¡Para retratarse está usted!

NIÑA.- Y dale.

HERRERITA.- Me voy a meter de fotógrafo.

NIÑA.- ¿Usted? Le da a usted por todos los oficios callados.

HERRERITA.- Sí: pero de fotógrafo, al menos, si la retrato a usted, podré decirle: “Quietecita; la cabeza más baja; míreme usted a mí; sonríase usted ahora...”

NIÑA.- (*Vuelve a sonreír*). Y una sonrisa tan forzada de qué sirve.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

HERRERITA.- Yo me entiendo.

NIÑA.- Pues yo, a los fotógrafos, en cuanto se vuelven de espalda, les saco la lengua. (*Lo hace*).

HERRERITA.- ¡Qué graciosa! Y ¿es un caprichito del novio quizá ese retrato?

NIÑA.- A usted qué le importa. ¿No se iba a ver al vecino?

HERRERITA.- Es verdad, que tengo que ir a ver al vecino. Se me había olvidado. Muchas gracias por el recordatorio.

NIÑA.- No las merece.

HERRERITA.- Oiga usted, y ya que estoy aquí, y que estoy tan a gusto, ¿no le podríamos dar al vecino unos golpecitos por el tabique para que venga? Yo creo que hasta me lo agradecería.

NIÑA.- No nos tratamos nosotras con ese señor.

HERRERITA.- Pues con los vecinos conviene llevarse bien, porque a la mejor una noche se pone uno malo...

NIÑA.- Yo me voy.

HERRERITA.- Por su salud de usted, no se vaya de esa manera. Soy yo el que se va.

NIÑA.- Pues andando.

HERRERITA.- En cuanto usted me perdone la molestia.

NIÑA.- No hay de qué.

HERRERITA.- Otra vez gracias. Y ahora, una súplica, antes de irme del todo. Si es menester, me hincó.

NIÑA.- No hace falta; eso déjelo usted para la iglesia.

HERRERITA.- ¿Es usted la Niña de Juana, como le dicen; de Juana la modista?

NIÑA.- Sí, señor. ¿Quién se lo dijo?

HERRERITA.- Usted, ahora mismo.

NIÑA.- ¡Qué gracia!

HERRERITA.- Me lo dijo Antonia, la del estanquillo.

NIÑA.- Hace un rato estuvo aquí.

HERRERITA.- Me contó que hoy usted se ha puesto que da gloria verla. Y no dijo mentira.

NIÑA.- Va a venir mi mamá y me va a regañar.

HERRERITA.- Por mi causa, no. Punto final. ¿La niña de Juana tendrá, naturalmente, un nombre propio?

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

NIÑA.- Claro. En la pila no me iban a poner la Niña de la Juana.

HERRERITA.- A ver si acierto antes de que vuelva su mamá.

NIÑA.- No se haga ilusiones en eso: ni en dos horas lo acierta usted.

HERRERITA.- ¿Es tan raro?

NIÑA.- Sí, señor, es rarito.

HERRERITA.- Vamos a probar.

NIÑA.- Lo que tiene usted es una sangre de lo más pesada.

HERRERITA.- Estoy a gusto aquí. ¿A que adivino su nombre?

NIÑA.- ¿A que no?

HERRERITA.- Me ha dicho usted que es raro... ¿verdad?

NIÑA.- Sí, un poco.

HERRERITA.- Pero será bonito, desde luego.

NIÑA.- A mí me gusta.

HERRERITA.- ¿Cleopatra?

NIÑA.- ¡Jesús!

HERRERITA.- ¿Dulcinea?

NIÑA.- ¡Jesús!

HERRERITA.- ¡Eloisa!

NIÑA.- No se canse usted. Si hubiéramos apostado, pierde usted el dinero. Me llamo América.

HERRERITA.- ¿América?

NIÑA.- América Marín: servidora.

HERRERITA.- ¡América!... ¡Sí que es bonito el nombre!... ¡América!... ¡Se tenía usted que llamar algo por el estilo! ¡Y válgame Dios, qué temblorina me ha entrado!

NIÑA.- ¿Temblorina? ¿Por qué?

HERRERITA.- ¡Qué sé yo! ¡Una cosa particular! ... ¡Porque entre el nombre de usted y el mío hay un no sé qué que viene a juntarlos!...

NIÑA.- ¿Ah, sí? ¿Se llama usted Colón por casualidad?

HERRERITA.- Un pelo me falta.

NIÑA.- ¿Cómo está eso?

HERRERITA.- Me llamo Cristóbal.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

NIÑA.- ¡Qué casualidad!

HERRERITA.- Cristóbal Herrera, para servir a usted. En la imprenta me dicen Herrerita. Y tenga usted entendido que mi tocayo Cristóbal Colón, la mañana del doce de octubre de 1492, para que vea que estoy enterado, no sintió de seguro una alegría tan grande al descubrir su América, como yo esta mañana, también de octubre, al descubrir la mía.

NIÑA.- ¿Cuál suya?

HERRERITA.- Y la diferencia no es solo ésta- de algo me ha de servir la instrucción que tengo.-; aquella mañana un trianero que iba con mi tocayo, al divisar la costa primero que ninguno, dio un salto y gritó: “¡Tierra!” Y yo esta mañana. Al descubrirla a usted, he dado por dentro veinticinco saltos y he gritado: “¡Cielo!” ¡Mire usted si hay distancia de aquel descubrimiento al mío. ¡La distancia que hay de la tierra al cielo, nada más!

NIÑA.- Parece que se ha vuelto usted loco.

HERRERITA.- Todo el que se enamora lo parece.

NIÑA.-¿ Qué está usted diciendo?

HERRERITA.- Las cosas, por su nombre. Como usted por el suyo y yo por el mío. Una América para un Cristóbal. Vamos a ver: ¿a que hora sale usted a la calle?

NIÑA.- Yo nunca salgo a la calle.

HERRERITA.-¿ Ah, no?

NIÑA.- ¿Qué se me ha perdido en la calle?

HERRERITA.- Pues hoy va a salir.

NIÑA.- Por lo del retrato. Y le advierto a usted que lo menos llevamos un año pensándolo mi mamá y yo.

HERRERITA.- ¿Para qué quiere usted el retrato, si puede saberse?

NIÑA.- Para nosotras y para mi abuela que vive en Mazatlán y quiere verme como estoy.

HERRERITA.- ¿Y usted no va a Mazatlán?

NIÑA.- Y a mí ¿qué se me ha perdido en ese Puerto?

HERRERITA.- Por lo visto usted no sale si no se le ha perdido algo.

NIÑA.- Así es.

HERRERITA.- Vamos, que usted es como esas mujeres de Puebla que no salen más que a procesión en Semana Santa.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

Se escucha que alguien va a llegar.

JUANA.- ¡Hija! Apúrate que ya está el coche.

NIÑA.- ¡Mi madre!

HERRERITA.- ¡Atahualpa!

NIÑA.- ¿Qué?

HERRERITA.- ¡Atahualpa! El nombre de un jefe indio que les dio mucha guerra a los españoles, y que se me vino a la memoria yo no sé porque.

Entra Juana por la puerta del foro. Muy arreglada, igual que la hija. Viene de mal humor.

JUANA.- ¿Ya estás lista? (*Ve al joven*) ¿Eh?

HERRERITA.- Buenos días, señora.

JUANA.- Buenos...

NIÑA.- Este señor, que vino equivocado, tocó el timbre y como no suena...

JUANA.- No, no suena; no suena. El timbre no suena ¡ni va a sonar en muchísimo tiempo! Si es usted amigo del dueño de la casa, dígaselo usted.

HERRERITA.- No, señora; no soy su amigo.

JUANA.- ¡Pues se ha empeñado en que yo pague la compostura del timbre, y no me da la gana de pagarla! ¡Que la pague él, que para eso cobra bien los alquileres!

HERRERITA.- ¡Natural, señora!

JUANA.- ¡Y si no, que la pague el obispo! ¡Yo no la pago!

HERRERITA.- El obispo no querrá pagarla tampoco.

JUANA.- ¡Pues yo, primero que pagarla, me cambio! Y usted ¿qué traía?

NIÑA.- Venía preguntando por don José Pizarro...

JUANA.- ¿El vecino de junto?

HERRERITA.- Sí, señora.

JUANA.- ¿Lo va usted a ver?

HERRERITA.- Si está, ahora mismo.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

JUANA.- ¡Hombre! Entonces me va a hacer un favor.

HERRERITA.- Con mucho gusto, señora.

JUANA.- Le va a decir de mi parte- porque yo no lo trato, ni ganas-, que si no quiere buscarse conmigo un disgusto gordo, no me tire colillas delante de la puerta.

NIÑA.- Mamá, ¿el señor cómo va a decirle?

JUANA.- Con la boca.

HERRERITA.- A mí no me cuesta ningún trabajo. Y hasta le recomendaré que mejor fume pipa.

JUANA.- Se agradece. Y le va usted a añadir que tenga el pundonor de poner cortinas en los cristales, que cuestan baratas; porque el primer día que vuelva yo a ver en ropa interior a su señora o a él, me asomo al balcón y suben dos policías por ellos.

HERRERITA.- Se lo diré con las mismas palabras.

NIÑA.- ¿Pero qué bicho te picó en la calle, mamá?

JUANA.- ¿Tú sabes la que he tenido con el taxista?

HERRERITA.- (*Rascándose la cabeza*). ¿También con el taxista?

JUANA.- ¡Son todos una bola de rateros, señor! ¡Lo menos que se creía ese tipo es que soy una mensa que acaba de llegar del pueblo! Que si la tarifa, que si en domingo, que si la hora, que si el día de descanso, que...Pero buen susto que se llevó conmigo. Lo puse como chancla. Todo el mundo se dio cuenta para vergüenza del fulano ese.

HERRERITA.- Pues yo, señora, con su permiso...

JUANA.- Vaya usted con Dios. Y a ver si le da usted mi encargo al vecino.

HERRERITA.- ¡Ya lo creo! No lo conozco, pero no importa. Lo tengo que ver por un trabajo de la imprenta donde trabajo.

JUANA.- ¿Es usted impresor?

HERRERITA.- Sí.

JUANA.- ¡Uf! ¡Qué oficio más sucio y más arrastrado! Y usted perdone.

HERRERITA.- Uno se lava después. En El Liberal, señora, me tiene usted a su disposición.

JUANA.- ¿En El Liberal? ¿Trabaja usted en El Liberal?

HERRERITA.- Desde hace cuatro años.

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

JUANA.- Ya podía El Liberal meterse con el Ayuntamiento y decirle cómo está esta calle. ¡Es una vergüenza! ¡No llueve, y se ahoga usted de polvo; llueve, y es un fangal! Si va a seguir así, que nos dé permiso el alcalde para sembrar papas en la acera!

NIÑA.- Pero, mamá...

JUANA.- Tú, como no sales de la casa nunca, y la casa está que se pueden comer migajas del suelo! (A *Herrerita*). Estas pisadas son de usted ¿verdad?

HERRERITA.- (*Levanta un pie como queriendo ya no ensuciar*). Sí, sí señora: mías; usted perdone.

JUANA.- Se pudo limpiar en el felpudo de la puerta.

HERRERITA.—Entré sin saber dónde entraba, señora..Y tocante a eso de la calle, ya le diré yo al director que le de un periodicazo al delegado.

JUANA.- Buena prenda el tal delegado. Se la pasa en la cantina de la esquina bebiendo alcohol y hablando de futbol.

HERRERITA. – En fin, no quiero entretenerlas más tiempo. Que estén bien.

JUANA.- Adiós.

NIÑA.- Hasta luego.

Sale Herrerita por la puerta del foro.

JUANA.- ¿A qué huele este hombre? A aceite de máquinas. Fuchi. Voy a mi cuarto por dinero y nos vamos corriendo.

Sale por la otra puerta. La niña se queda viendo las dos puertas. Se pone triste. Entra nuevamente Herrerita para satisfacción de la niña que cambia de semblante.

HERRERITA.- Dos palabras entre usted y yo.

NIÑA.- Ah.

HERRERITA.- América, preciosa; no plus ultra; para perder el juicio; yo soy Colón y Hernán Cortés en una pieza; pero Atahualpa me va a hacer sudar sangre!

NIÑA.- ¿Qué trabalenguas es ese? ¡Hable claro!

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

HERRERITA.- ¿Claro? ¿Cuántos retratos vas a mandar a hacer?

NIÑA.- Seis.

HERRERITA.- Pues encarga otro, es por mi cuenta.

NIÑA.- Eso lo tienes tú que merecer primero.

HERRERITA. ¿Sí, verdad? Entonces haré méritos. Hasta pronto.

NIÑA.- Hasta pronto.

HERRERITA.- ¿Sabes? Estoy feliz de llamarme Cristóbal y que tú te llames América.

NIÑA.- Ya vete, que va a salir mi mamá.

HERRERITA.- Te busco.

Herrerita sale feliz, más feliz queda la niña.

FIN

LOS ÁLVAREZ QUINTERO

RESUMEN: CONJUNTO DE OBRAS ADAPTADAS DE LOS HERMANOS ÁLVAREZ QUINTERO. CADA UNA APARECE SEPARADA CON SUS RESPECTIVOS RESÚMENES Y CANTIDAD DE PERSONAJES EN ESTE CD. .